

La Ilustración Artística

AÑO XXVI

BARCELONA 20 DE MAYO DE 1907

NÚM. 1.325



BARCELONA.—V EXPOSICION INTERNACIONAL DE ARTE. SECCION ESPAÑOLA
Alcalde de un pueblo de la provincia de Segovia, cuadro de Ignacio Zuloaga



V EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE.—(NOTAS DE UN PROFANO.)



SUMARIO

Texto. — *Exposición Internacional de Arte.* (Notas de un profano), por Miguel S. Oliver. — *A distancia*, por Angel Guerra. — *Percances románticos*, por F. Moreno Godino. — *El rey de Siam en Europa.* — *Madrid. Salón del automóvil.* — *Barcelona. Los Juegos Florales. La fiesta del Arbol.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Aurette*, novela ilustrada (continuación). — *Una prisión que puede servir de modelo al mundo entero*, por V. M. Hamilton. — *Nuevo aviso lanza torpedos.*

Grabados. — *Alcalde de un pueblo de la provincia de Segovia*, cuadro de Ignacio Zuloaga. — *Dibujo de Cutanda* que ilustra el artículo *A distancia*. — *Proyecto de fuente decorativa*, de Rafael Atché. — *Pescadores*, escultura de Guillermo Charlier. — *El rapto de Europa*, cuadro de Fernando Alvarez de Sotomayor. — *Bodegón de un villorrio de Francia*, cuadro de Miralles Darmanín. — *El rey de Siam Chulalongkorn en Mentón.* — *Dublín. Inauguración de la Exposición industrial Irlandesa.* — *Madrid. Varias instalaciones de la Exposición internacional de Automovilismo.* — *Barcelona. V Exposición internacional de Arte. Cuatro vistas parciales del gran Salón de Fiestas.* — *Los Juegos Florales. La reina de la fiesta, rodeada de su Corte de Amor.* — *Fiesta del Arbol en el Tibidabo.* — *Vistas y escenas de la prisión del Estado de Michigan, situada en Jackson (Estados Unidos).* — *Aviso lanza torpedos*, recientemente adoptado por el gobierno francés.

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE

(NOTAS DE UN PROFANO)

II

En un punto coincide la generalidad de los visitantes y aficionados al recorrer la Exposición: en el ansia de descubrir, por medio de ella, el carácter común del arte contemporáneo, en medio de su extraordinaria incoherencia de gustos, de procedimientos y de estéticas. Diríase que la meta de los artistas es ahora, antes que nada, la «novedad.» Estimulada la producción en todos los órdenes durante el pasado siglo, se han ido agotando los asuntos, han ido envejeciendo las formas y, de una manera correlativa, la sensibilidad del público y de las minorías selectas, estragada por la abundancia misma de la producción, se ha hecho cada vez más difícil y más avara. A esta indiferencia oponen los artistas cuantos estimulantes y aperitivos les sugiere su inspiración y su técnica, para buscar lo nuevo, lo inédito, lo insospechado.

Con frecuencia he debido acordarme estos días de la justísima observación de Buterweck acerca de Baltasar Gracián: hubiera resultado Gracián un escritor insuperable si no se hubiese propuesto, á todas horas, ser un escritor extraordinario. Este prurito, que en algunos insignes cultivadores del arte toma apariencias de frenesí, produce una dislocación, una traslación del ideal, desde el antiguo concepto de la belleza, hacia lo insólito é imprevisto, sólo por serlo; hacia lo caprichoso y excepcional; hacia lo rebelde é insumiso á toda tradición. No me cuento entre los *misonelstas* irreductibles que no quieren darse á partido y concluyen dogmáticamente que nada es posible añadir al progreso artístico desde los tiempos de Parrasio ó desde los de Velázquez. Por el contrario, entiendo que á medida que cambia el aspecto de la vida humana y la estructura general de la sociedad; á medida que la complejidad de la civilización plantea nuevos problemas, inicia nuevas luchas, adquiere nuevos instrumentos de investigación y de ejecución y profundiza en el estudio de la naturaleza y del hombre, de una manera correlativa se ensancha también la esfera jurisdiccional del arte, y fuera gran insensatez despojarle de esa conquista y accesión, obra de los nuevos tiempos.

Mas parece también que ella debería bastar por sí misma, sin acelerarla ni provocarla artificialmente con métodos *chauffage* y excentricidad y sin confundir la originalidad perfecta, equilibrada, normal y segura de sí misma, con las contorsiones y retorsiones de la extravagancia, con las estridencias de lo llamativo y convulso, con las invasiones y usurpaciones ahora frecuentísimas de un arte en el terreno de los otros: pintura «literaria», literatura «musical», música «pintoresca...» De esto toman pie los escépticos y negadores de la ciencia estética, como disciplina autónoma y provista de contenido substancial, para sostener que toda ella no es más que delirio subjetivo, obra inconsciente del principio de imitación que sugestióna á los hombres por medio de los errores de otros hombres y les contagia el prejuicio y la ex-

centricidad como un canon sagrado. Así ha podido sostener Anatolio France que nosotros vemos en la *Iliada* todo lo contrario de lo que en ella vieran los románticos de 1830; y que estos románticos vieron en ella todo lo contrario de cuanto entusiasmaba á Boileau y al siglo XVIII. Nosotros buscamos en la *Iliada* la serenidad, el equilibrio y la fuerza propios de la aurora del mundo; los románticos vieron en ella el furor, la pasión, la irregularidad del «genio», en sus formas osiánicas; Boileau y el siglo XVIII la pusieron sobre su cabeza por haberse observado en su composición las reglas de la epopeya. De todo concluye que la estética es una teratología, sin realidad ni objetividad alguna.

Aunque es fácil descubrir la parte sofística de esta opinión, no puede negarse el gran papel que el principio imitativo representa en la corriente general del gusto con independencia de toda razón substantiva. En pintura, por ejemplo, podríamos hallar una doble confirmación de esta verdad: la sugestión ejercida por lo «nuevo» y la sugestión ejercida por lo «consagrado» en dos capas distintas y bien definidas del público inteligente. Pudiéramos hallar otra también en el flujo y reflujo periódicos, en el desdén y rehabilitación sucesiva de determinados maestros antiguos, que se refleja por medio de influencias y resabios en la obra de los modernos. Trátese de períodos enteros, como los trecentistas y cuatrocentistas, trátese de grandes solitarios ó enigmáticos, como el Greco y Goya, hemos asistido nosotros mismos á tres ó cuatro de esas rehabilitaciones y mutaciones del gusto, como asistieron las generaciones anteriores á la vindicación arquitectónica del románico y el gótico. También hallaríamos que en esas desviaciones más ó menos bruscas de la sensibilidad colectiva que restaura y apetece lo que antes fué tenido por tosco y bárbaro ó por elemental y primitivo, influye, más que un positivo aprecio de lo restaurado, un cansancio y empalagamiento de lo actual, cuando se prolonga y petrifica sin renovación ni amplitud adecuadas.

Así, asistimos ahora á la muerte general del servilismo naturalista ó verista, de lo que otros llaman «lo anecdótico», que había llegado al último límite de la trivialidad; y, por distintos caminos, se observa ahora un movimiento pictórico bastante análogo al de las letras. Ya no se habla en éstas ni en el otro de «copiar», sino de expresar é interpretar. En el *qué* están conformes casi todas las escuelas y grupos nuevos, divergiendo exclusivamente en cuanto al *cómo*. De esta manera, el Sr. Casellas, con su acostumbrada lucidez, ha podido resumir el actual momento y buscarle su característica en las siguientes líneas: «Tal es, dice, la reacción subjetivista, ideal, transformadora que, durante estos últimos tiempos, ha ido apoderándose de los espíritus, lo mismo en la esfera del arte que en la de la literatura y aun en la de las ciencias.» A este propósito observa un ejemplo de la transformación, escogiendo á Claudio Monet, que empezó en pleno naturalismo triunfal. Su *Columnata del Louvre* es, ni más ni menos, que la reducción á la pintura de una de aquellas grandes descripciones, cerradas y perfectas, de la retórica de Zola; mientras que su jardín florido y sus puentes del Támesis son transpiraciones y emanaciones de la exaltación lírica, interpretaciones, en suma, y comentarios de la naturaleza y de la vida, tales como haya podido ofrecerlas un Mallarmé ó un Verhaeren.

En este círculo de ideas é impresiones se mueve la curiosidad del espectador dentro del Palacio de Bellas Artes. Y si, después de algunos días de visita, recorridas todas las salas y vistas en conjunto todas las secciones, cierra los ojos y concentra la memoria para preguntarse qué recuerdo domina á los otros y qué sensación puede más y es más tiránica y persistente entre cuantas ha recibido, entonces, casi de un modo unánime, puede asegurarse que se recordará dos nombres y dos series de obras: los cuadros de Zuloaga y la estatua de Meunier. Tiene Zuloaga la virtud de producir una fuerte remoción de opiniones y de apasionar á los dos bandos del justo medio y de la modernidad á toda costa. Lo que le reprochan sus detractores no está siempre fuera de razón. En cambio, no saben ver en él más que lo que le reprochan. La indumentaria equívoca y no pocas veces inactual de sus personajes, las opacidades, los tonos avinados, las coloraciones pardas, los perfiles reforzados por líneas negras, cierta vacilación mal contenida entre

el dibujo leal y la caricatura ó sátira pictórica, cierto prurito de afectación arcaica que le lleva á avejentar sus cuadros con simulaciones de pátina y á dejarlos como si salieran de la penumbra secular de un museo, cierta propensión al *rifacimento* y á las travesuras de los seudo restauradores; todo esto no puede negarse, porque salta á la vista. Pero ¿no hay en Zuloaga nada más que esto? ¿No significa nada esa desconcertante potencia con que atrae nuestra curiosidad, y nos deja clavado el dardo de la idea fija, y nos llama una y otra vez á contemplar sus telas? A pesar de estos amaneramientos y por encima de ellos desborda una fuerza innegable; bajo la simplicidad y monotonía más ó menos afectadas de los ropajes y de los fondos, se observa la gama poderosa de un verdadero artista y una expresión de la vida humana, desconcertante, desbordante, que nos llena de inquietud. Yo fío mucho en aquellas cosas de las cuales uno se acuerda por largo tiempo y cuya memoria y vestigio sobreviven á otras más recientes y, al parecer, más perfectas y equilibradas. No sabremos explicarnos el porqué de aquel prestigio, de aquella obsesión; mas cuando ellos se producen no es por obra arbitraria, sino en virtud de un poderío más irresistible cuanto más misterioso. Y el ser misterioso y difícil de razonar, como sucede en Zuloaga, supone que radica en aquella chispa ó *quid divinum* irreductible, no susceptible de análisis, no confundible con la habilidad, la técnica ó la maestría, pero que separa lo genial, de lo simplemente habilidoso ó correcto.

Por otro lado, en la estatua de Meunier se observa un fenómeno en cierta manera inverso. La seria y honrada ejecución de aquellas figuras, el aplomo y seguridad de las líneas tiradas de un solo rasgo del cual resultan cuerpos vivientes y no meras superposiciones ó adiciones de piezas anatómicas montadas una á una, parece que han de dejar satisfecho al espectador y bastarle por completo. Diríase que se halla en presencia de un arte tranquilo y desinteresado, de mera corrección, de mera habilidad muscular, de mera fidelidad óptica. Y cuando esta idea empieza á tranquilizarle, entonces del fondo de aquellas esculturas comienza á desprenderse un espíritu que al parecer las anima y les da sentido. Entonces ya no se trata de la mera reproducción de las escenas del trabajo; ya no es lo pintoresco, ni lo anecdótico, ni la simple agrupación corporal, ni el juego de la musculatura sujeta á las dilataciones y contracciones del esfuerzo, lo que nos preocupa. Aquellos hombres, aquellos forjadores, constituyen una multitud ó proletariado y son la base épica de las luchas de nuestros días. Por esa multitud circula, callado, un enigma de lo porvenir y un reproche para lo presente. Y el mero espectador del arte se retira pensativo, con la visión completa del problema contemporáneo por excelencia.

No quiero saber lo que Meunier se propuso. Me basta con lo que su obra despierta. Es fácil que ninguna ambición trascendente le preocupara ó que no se diese cuenta de ella hasta después de realizada y conseguida. Así suelen ser los grandes aciertos. De lo que no cabe duda es de la eficacia expresiva y espiritual de sus grupos y figuras, que rompen la impasibilidad plástica de la *pose*. Todo aquello es también una «visión», no una mera copia; todo aquello es arte, por lo tanto, y no una simple acumulación de academias y ejercicios. Este carácter de preocupación expresiva predomina en toda la producción moderna, aun en aquellos que más fiel tributo rinden á la objetividad. Ella no basta ahora á satisfacer los anhelos del artista ni los del público. Uno y otro reclaman mayor contenido y entienden que lo trivial, lo vacío, lo insignificante, no justifican por sí mismos el empleo de la habilidad ó *métier*, aun suponiéndolos elevados á la mayor potencia.

Tales son, á lo que se me alcanza, las dos impresiones culminantes que el común de los espectadores recibe en la Exposición, y que por la fama de los hombres que las sugieren y por la analogía de su esencia en medio de su gran disparidad de accidentes, tienen algo de representativo y sintético del momento actual del arte en el mundo civilizado. Sólo por haberlas hecho posibles el actual concurso resultaría provechoso y digno de memoria.

MIGUEL S. OLIVER.

(Las fotografías referentes á la exposición que reproducimos en este número y en el anterior son de A. Merletti.)



Hallábanse en la corte y departían amigablemente

A DISTANCIA

Bien arrellanados en las butacas comenzaron a charlar. Amigos en la infancia, al cabo de largos años volvían a verse. Sentían sed de comunicarse, de charlar sin orden y medida, á compás de los recuerdos, que volvían, alegres ó penosos, á revivir tiempos lejanos en la memoria.

Hallábanse en la corte y departían amigablemente. Eran del mismo pueblo, y ahora se encontraban reunidos casualmente. Gómez de Salazar había alcanzado nombradía como poeta. Era un escritor de altura. Pedralva, modesto mercader en el pueblo natal, hallábase en la corte á la gestión de un molesto expediente industrial. Habíase enriquecido á fuerza de trabajo y á costa de privaciones extremas.

—¡Cuántos años!..
—Sí, vamos para viejos.
—¡Qué distinto el rumbo de nuestras vidas!
—Tú has logrado fama.
—Y tú riqueza.
—¿Cuándo vuelves al pueblo?
—Nunca.
—¿Cómo?.. ¿Tan mal patriota eres?
—Todo lo contrario. Quiero guardar viva la visión que del pueblo he conservado y mantener el cariño íntimo é intenso que siempre le tuve.
—Pero no has hecho nada por él, dada tu posición actual. Es un olvido ingrato.
—Al contrario, es un recuerdo piadoso.
—Ha progresado.
—Lo siento.
—Se ha embellecido y se ha creado una riqueza provechosa.
—¿A qué ir entonces? Ese no es mi pueblo. El mío, el de mi infancia, lo llevo dentro.
—Se han construido buenas fábricas y se han establecido nuevas industrias.
—Cuéntame algo. ¿Dices que ha habido transformaciones?
—Grandes. No conocerías los viejos callejones en las calles de ahora. Las casonas antiguas se han convertido en cómodos edificios á la moderna.
—Dime: y aquella casa ruinosa, cuyas paredes se desmoronaban, situada á la entrada del pueblo, ¿está aún igual? ¡Qué impresión más honda producía! Yo la veo todavía, y todavía la quiero. Estaba en un recodo del camino, desmantelada, cayéndose sillar á sillar. ¡Era tan vieja! Nos salía al encuentro cuando regresábamos y era la última en despedirnos cuando partíamos. La mejor amiga.
—¡Bah! Ni escombros de ella existen. Hace muchos años que la derribaron. El solar es hoy un plan-

tío de legumbres.
—Triste ha sido su suerte. Siempre la miré con cariño. Cuando, siendo chico, iba á lejana ciudad, al retorno, al caer de la tarde, el blanco de sus paredes, ya envejecidas, chispeaba al sol. De noche, la luz en una de sus altas ventanas abiertas se divisaba amorosa á distancia. Al acercarme á ella latía mi infantil corazón con alborozo.
—Siempre me pareció fea. Además amenazaba desplomar sus muros sobre la carretera.
—Cuenta; cuéntame más. ¿Y el huerto de Guijarro?
—Lo han convertido en plaza.
—¡Qué lástima!
—Pues es muy bonita. Ya sabes que era grande.
—Sí; ¡ya lo creo!
—No producía nada.
—Llenaba de olores el pueblo. Por encima de las tapias salían los arrayanes con la pompa de su verdor. En los robles centenarios, ¡cuántos nidos! En primavera, ¡cómo cantaban los pájaros! Cuando abría la ventana de mi casa, el olor de las flores me llegaba, como el sol, hasta el fondo del alma. Desde allí se embelesaban mis ojos en la policromía del huerto. Las rosas pálidas, los rojos claveles, las blancas azucenas, eran mi encanto. Y en las aguas de los estanques, dormidas y sin rumores, los pájaros se bañaban libres á todo placer, jugando, arrullándose, amándose.
—¡Flores! No producían.
—Y qué, ¿vive Juan el herrero?
—Sí.
—¿En la misma casa?
—Casi no trabaja.
—¡Pobre hombre! Aquella forja del maestro Juan me seducía extraordinariamente. Al ir y volver de la escuela, pasaba siempre por delante de ella. Era camino obligado. Si no lo hubiese sido, también pasara por allí. Me entusiasmaba ver delante de la casucha los carros de trabajo esperando que los recompusieran, las caballerías, sujetas á las argollas, impacientes, en turno para ser herradas. A la sombra de la pared, sentados en el duro poyo, el corro de labriegos, chupando las pipas, discutiendo sobre las cosechas, también esperando. Y dentro, á través de la puerta, la fragua ardiente, y detrás del yunque, día tras día, la figura grave, incansable en la labor, del maestro Juan blandiendo el martillo resonante. Era aquello algo patriarcal que á todos nos imponía respeto.
—Pero el maestro se hizo viejo. No podía ya con tanto trabajo. Y se lo han retirado. Ahora un herrero nuevo ha monopolizado el negocio. Tiene un buen taller.
—¿Y el maestro Juan?
—Sigue siempre al frente de su forja. Es curioso. Enciende todos los días la fragua y hasta martillea. Te digo que es graciosísimo. Está loco.
—No; es un carácter. Desde hoy el pobre viejo vivirá más íntimamente en mis recuerdos y en mis devociones.
—Hay que compadecerlo. Es fácil que se muera de hambre.
—No; de orgullo.
—Es tenaz.

—Heroico.
—Como quieras...
—Dime: y mi hermano, ¿cuántos hijos tiene?
—Ninguno. Está rico. La mayor parte de los predios del pueblo suyos son. Y las fábricas. Todo un hombre de provecho.
—¡Lo sé. Su bienestar me place.
—Casó bien. Ya sabes, con Mari-Pepa. ¿Te acuerdas de ella?
—Sí; mucho.
—Pues era muy niña cuando te marchaste.
—Por eso la recuerdo mejor. Tenía unos grandes ojos azules y unos cabellos rubios. Su cara, pálida, como infiltrada de una recóndita tristeza. La última vez que la vi iba de luto y salía de la iglesia á la vera de su madre. No la trataba. Mi familia era pobre y ella era rica. Sin embargo, al encontrarla, siempre me sonreía. Mis triunfos en la escuela, que me hicieron simpático en el pueblo, á su corazón de niña, lleno de bondades, quizás le complacieran también. El día que me marché, al pasar por delante de su casa, me pareció que detrás de las cortinas del balcón llameaban dolorosos aquellos ojos azules que nunca he olvidado. Pegada al alma llevo la dulce imagen de la niña.
—Hoy es tu cuñada. No la conocerías. Ha engordado, y además está enferma. Peina canas.
—¿Canas ya?..
—Sí; en el pueblo se envejece pronto. Además las enfermedades dañan mucho.
—Sé que es feliz.
—De sobra. Tu hermano, á fuerza de trabajo, como yo, logró enriquecerse. Ya rico, quiso desposar á Mari-Pepa. Era un matrimonio indicado.
—Suerte larga ha tenido mi hermano.
—Juntas las dos haciendas, ¡supón cuál será su posición en el pueblo! Ha ennoblecido la familia.
—Mis padres, por desgracia, murieron. A mí me he ennoblecido yo.
—¿No sientes envidia?
—¿De qué?
—De la riqueza de tu hermano. Ha sido práctico y puesto sus actividades al servicio del propio provecho.
—Yo á la devoción de mis sueños.
—Cierto que tú has adquirido nombre. Pero ¿qué vale?
—La mayor fortuna á que aspiré.
—Tu hermano es dueño del pueblo.
—No; mi hermano posee los predios, las casas. Yo poseo el alma del viejo lugar nativo. Toda su poesía ha quedado en mi corazón.
—Locuras...
—Ya ves, estoy viejo. Sin embargo, al evocar la visión de mi pueblo á la distancia y en las lejanías del tiempo, en este instante me vuelvo á sentir niño. Amo todo aquello que amé entonces con igual ternura. Mi pueblo, ese pueblo ideal que llevo dentro del alma, no lo habéis destruido ni lo habéis transformado. El vuestro es otro. Mi amor primero, el que me inspiró sin conocerlo una niña plácida de ojos azules y cabellos rubios, vive en lo más hondo de mi corazón con la frescura poética de las emociones infantiles. Á esa mujer no la conoce nadie más que yo. Ningún otro la ha amado... No importa que hoy no la pueda llamar mía.
—Chico, deliras.
—No; vivo plenamente toda mi vida.
—¡Bah! Todos esos romanticismos son malos. Debés volver al pueblo á curarte.
—No habéis dejado allí nada para mí.
—Tienes casa: la de tu hermano, la mía.
—Nada; nada tengo allí mío. ¡Ah, sí! El cielo, el sol, los recuerdos, que no habéis podido ni derribar ni vender...
Callaron, mirándose silenciosos.

ANGEL GUERRA.

(Dibujo de Cutanda.)

PERCANCES ROMÁNTICOS

—¡Caramba! Eliodoro, ¿qué te pasa, dónde te metes, cómo no te vemos?

—Déjame, estoy loco, perdido, enamorado... A propósito, hazme el favor de asomarte a la esquina de la calle del Sacramento... ¿Hay alguien en los balcones del cuarto principal de la casa contigua a la iglesia?

—Sí, hay cuatro seres.

—¿Cómo seres?

—Sí, porque hay dos jóvenes, una negrita y un loro.

—¿Está una joven muy pálida?

—En efecto, hay una que parece un vampiro hembra.

—Pues esa es.

—¿Y quiénes son ellas?

—Una familia cubana: doña Mercedes, viuda de un coronel, y sus dos hijas Casilda y Erminia. ¡Erminia! Bonito nombre, ¿verdad?

—Vamos, Eliodoro, ya veo que en efecto estás chiflado.

Eliodoro Molañas era un joven de diecisiete años de edad, hijo de una señora viuda, pensionista de la clase militar y romántico como lo eran entonces la mayor parte de los jóvenes. Bebía el vinagre á cántaros para palidecer, y á veces se pintaba ojeras, pues esto era la manía general á mediados del siglo pasado; los románticos tenían que exhibirse como atormentados por una pasión oculta, repugnaban los buenos colores en el rostro; y á no ser pálida, los jóvenes de aquella época hubieran desdenado á la Venus de Milo, princesa de Asturias por añadidura. Así es que Eliodoro bebía los vientos por la pálida Erminia; pero era tan tímido y vergonzoso como enamorado, y no se atrevía á declararle su pasión.

En Madrid empieza á diseñarse el frío á últimos de octubre; así es que hay la costumbre de sacar los abrigos el día clásico de Todos los Santos.

Eliodoro sólo tenía un capotillo en muy mal uso, y su madre se decidió á mandarle hacer un ranglán, abrigo de moda universal impuesto á la elegancia.

La víspera del día de Todos los Santos el sastre trajo el ranglán encargado á Eliodoro. Éste se le probó delante de su madre y dijo:

—Está largo.

—No importa; las prendas de abrigo deben ser largas; además, tú estás creciendo todavía.

Eliodoro era docilote y se conformó. El ranglán tal vez le sugirió una idea, y fué la de declararse á la pálida Erminia, pues supuso que le escarabajaba mucho en el corazón. Se trazó un plan, escogió unos cuantos libros entre los pocos que tenía para vender, no sin disgusto, pues no se venden sin los libros románticos.

Pero ¡qué remedio!, necesitaba dinero, recorrió varios puestos de libros usados y los vendió donde más le dieron, que fueron seis pesetas; pidió al libreiro que le diese un duro en una pieza, y éste le dió un duro isabelino, de nuevo cuño y reluciente. Hecho esto, á las cuatro y media en punto situó en la calle del Rollo, esquina á la del Sacramento, pues es pía amoroso de la familia americana, sabía que á dicha hora había de pasar por allí la negrita criada de su adorado tormento para comprar leche de vaca. En

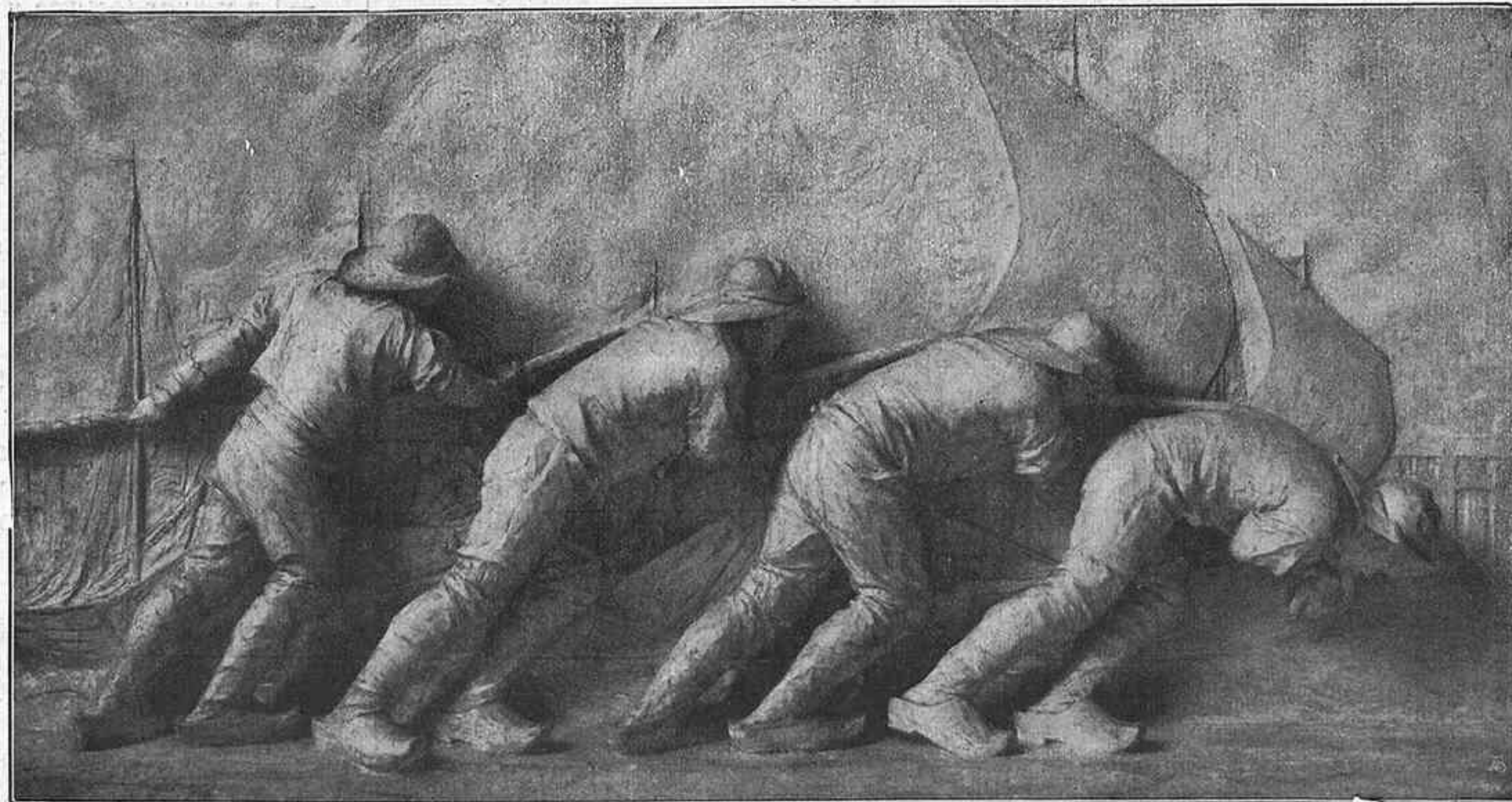
efecto, vió venir con un pañuelo liado á la cabeza á la criolla, un delantal blanco y una jarra en la mano.

—Buenas tardes, morenita; ¿vas por leche?

—Sí, *señó*, contestó la criada, que le conocía de vista de rondar la calle.



Barcelona.—V Exposición Internacional de Arte. Sección española.
Proyecto de fuente decorativa original de Rafael Atché



Barcelona.—V Exposición Internacional de Arte. Sección belga.—Pescadores,
alto relieve de Guillermo Charlier

—Vas á hacerme un favor; dar esto á la señorita Erminia y esto para ti.

Y metió una carta en un bolsillo del delantal de la negrita y en el otro el duro isabelino.

—¡Cal, no, *señó*; ama mayor tiene *mu* mal genio, y si lo supiera...

—¿Y quién ha de decírselo? Anda, mujer, me harás un favor inolvidable.

Y Eliodoro subió muy de prisa por la calle del Rollo, temiendo que la negrita le hiciese nuevas objeciones. El enamorado doncel habíase devanado los sesos para escribir una carta de declaración que empezaba diciendo: «Señorita, la timidez propia del verdadero amor...» y acababa: «Pido á usted de rodillas que me conteste, pues si es favorablemente, y no me mata la emoción, me hará usted el ser más feliz de la tierra.»

El día siguiente, fiesta de Todos los Santos, como ya se ha dicho, levantóse temprano, se acicaló y endosóse su flamante ranglán, según clásica costumbre. Tenía una peseta. En una peluquería hizo que le abarquillasen su melena merovingia, y con los dos reales que le sobraban compró un estupendo cigarro habano. Hecho esto, se situó en la plazoleta del Pretil de los Consejos para ver á la familia americana entrar en la iglesia del Sacramento para oír la misa de once, según acostumbraba los días festivos. Vió efectivamente á la señora americana acompañada de su hija menor. ¿Por qué no las acompañaría Erminia? Como los enamorados todo lo convierten en substancia, esto también parecióle de buen agüero á Eliodoro; tal vez su amada había buscado un pretexto para quedarse en casa á fin de contestarle. Encendió el chicote habano y miró hacia la calle del Sacramento. Erminia estaba al balcón sola. El muchacho, haciendo un esfuerzo para vencer su timidez, dobló la esquina

y metióse en la calle dando furibundas chupadas á su cigarro. Procuró andar con garbo y desenvoltura, pero inútilmente, pues el ranglán se le enredaba entre las piernas.

Pero, en fin, llegó como pudo frente al balcón al cual su adorada continuaba asomada, detúvose y la lanzó una mirada furtiva y suplicante. Ella le señaló con la mano al portal, haciéndole seña de que subiera. Eliodoro sintió un golpe en el corazón.

Subió los escalones de tres en tres y llegó al piso principal. Creyó oír ruido detrás de la

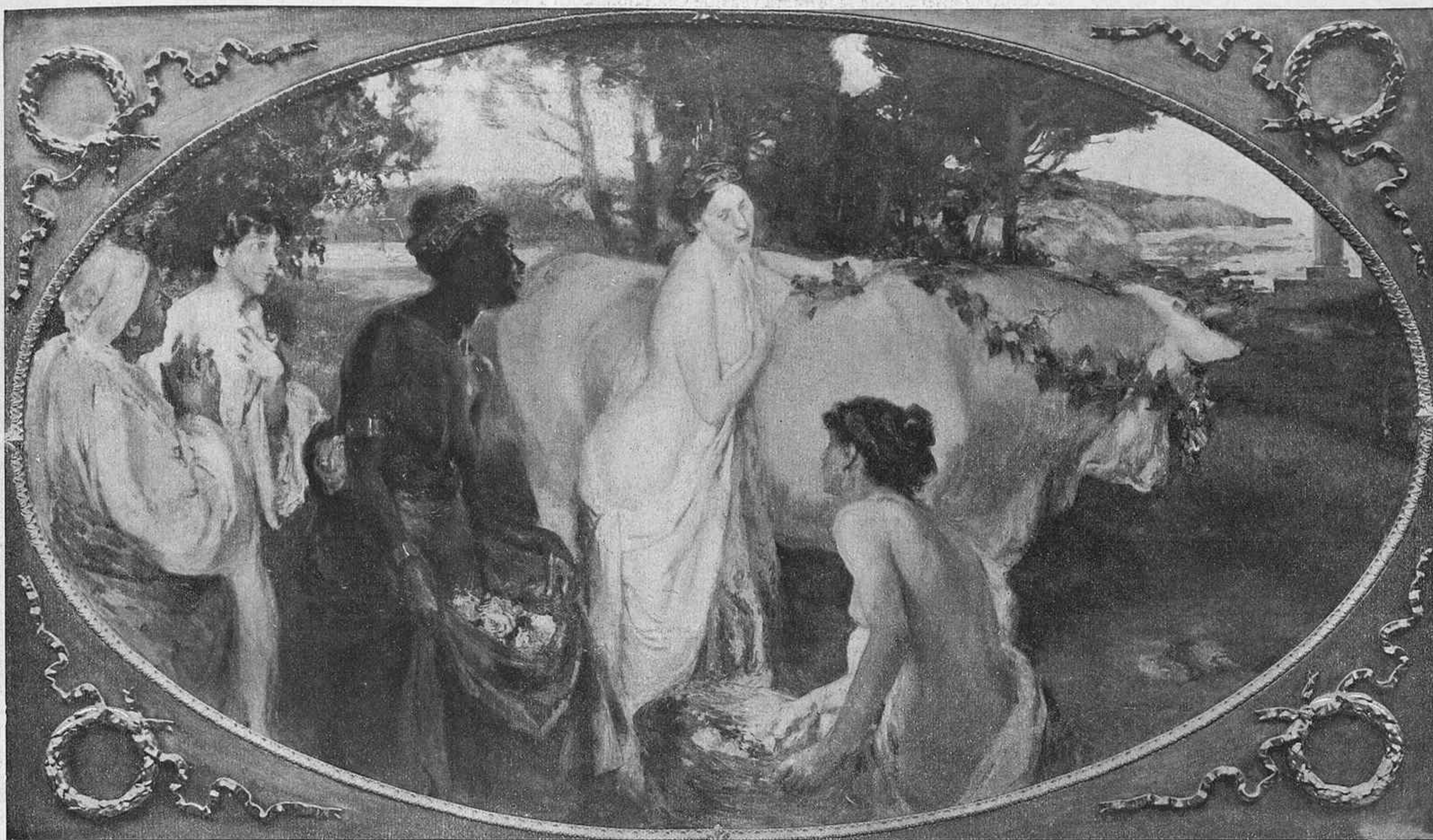
puerta del cuarto, esperó anhelante, abrióse el ventanillo de aquella, él miró, y cuando esperaba ver la pálida faz de Erminia, percibió dos ojos que relucían en la penumbra del recibimiento y oyó la voz de la negrita que acercándose á la rejilla le dijo:

—Ha dicho mi señorita que se corte el ranglán.

Eliodoro quedóse atontado como si le hubieran dado un palo en la cabeza, una nube enturbió su vista y parecióle que aquella se le arrancaba de los hombros. Bajó la escalera, no como la había subido, sino tambaleándose; aquel feroz desengaño después de tantas emociones y esperanzas, y tal vez el mareo del cigarro, á que no estaba acostumbrado, redujéronle á un estado indescriptible. Cuando pisaba el último escalón sintió náuseas y echó cuanto tenía en el cuerpo. Al ruido de las arcadas salió la portera, y furiosa arrojó del portal al pobre enamorado á empujones llamándole «¡Cochino!»

Eliodoro no murió de pena; por el contrario, vivió muchos años; pero sólo después de los cuarenta, cuando el hombre va teniendo algún juicio, volvió á pasar por la calle del Sacramento.

F. MORENO GODINO.



Barcelona.—V Exposición Internacional de Arte. Sección española. «El rapto de Europa,» cuadro de Fernando Alvarez de Sotomayor. Este cuadro figuró en la Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1906, y fué premiado con primera medalla



Barcelona.—V Exposición Internacional de Arte. Sección española.—Bodegón de un villorrio de Francia, cuadro de Miralles Darmanin

EL REY DE SIAM EN EUROPA

El día 25 de abril último llegó á Nápoles, á bordo del vapor alemán *Sachsen*, el rey de Siam Paramindra Maha Chulalongkorn, siendo saludado á su entrada en aquel puerto con una salva de 21 cañonazos, disparados por el buque almirante de la escuadra italiana allí anclada *Agustino Barbarigo*. El monarca siamés ha venido á Europa acompañado de doce de sus esposas, de cinco de sus hijos y de un séquito de diez y ocho personas; los cinco príncipes se llaman Paribatra, Urobugs, Pracioks, Sampasato y Sommol.

Durante su corta estancia en Nápoles, Chulalongkorn visitó el Museo de San Martín, el Museo Nacional, el Acuario y otros lugares notables, comió en uno de los restaurantes de moda, hizo varias compras y asistió por la noche al espectáculo de variedades, en el salón Margherita. En aquella capital italiana fué saludado por su encargado de negocios en París, el príncipe Charoon.

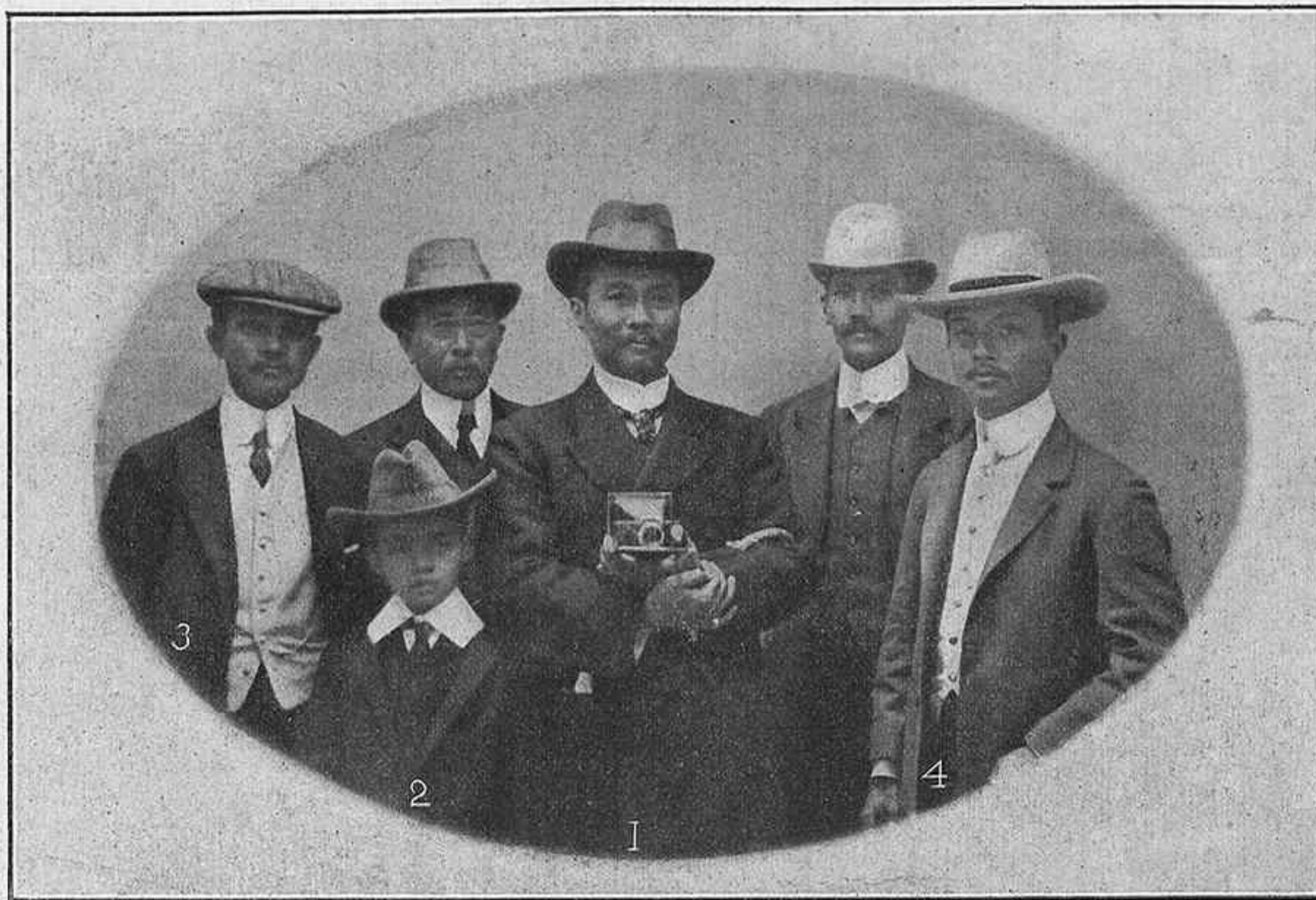
A la mañana siguiente, embarcóse nuevamente en el *Sachsen* con rumbo á Génova, desde donde se dirigió á San Remo. En aquella deliciosa población de la costa ligur permanecerá hasta fines de este mes, habitando la *ville* Nobel, que ha sido habilitada expresamente para él. Desde allí irá á París y á Londres.

Chulalongkorn I nació en 20 de septiembre de 1853 y sucedió á su padre Paramindra Maha Mongkut en octubre de 1868. Está casado con la princesa Sowapa Pongsi, nacida en Bangkok en 1864; su primogénito, el príncipe Maha Vajiravudh cuenta en la actualidad veintiséis años, fué proclamado príncipe heredero en 17 de enero de 1895, y es caballero de la orden española del Toisón de Oro.

Aunque monarca absoluto, es muy aficionado á

los adelantos de la civilización moderna y ha introducido en su reino importantes reformas.

No es esta la primera vez que Chulalongkorn I viene á Europa. En 1897, acompañado del príncipe heredero, realizó por nuestro continente un largo viaje,



EL REY DE SIAM CHULALONGKORN EN MENTÓN.

1. El rey Chulalongkorn; 2, 3 y 4, los príncipes. Los otros dos personajes son los secretarios del monarca. (De fotografía de Carlos Trampus.)

durante el cual permaneció unos días en Madrid, siendo allí recibido con grandes honores y alojado en el palacio real. De Madrid fué á Sevilla, y de allí á Lisboa, regresando luego á Francia por España, aunque sin detenerse en ninguna de las capitales por donde pasó.

En París y en Londres preparáanse diversos festejos para recibir dignamente al rey de Siam.

La fotografía que adjunta reproducimos fué tomada en Mentón, durante una excursión que á ese pintoresco pueblo hizo el monarca en compañía de los príncipes.—L.

DUBLIN.—LA EXPOSICIÓN INDUSTRIAL

IRLANDESA

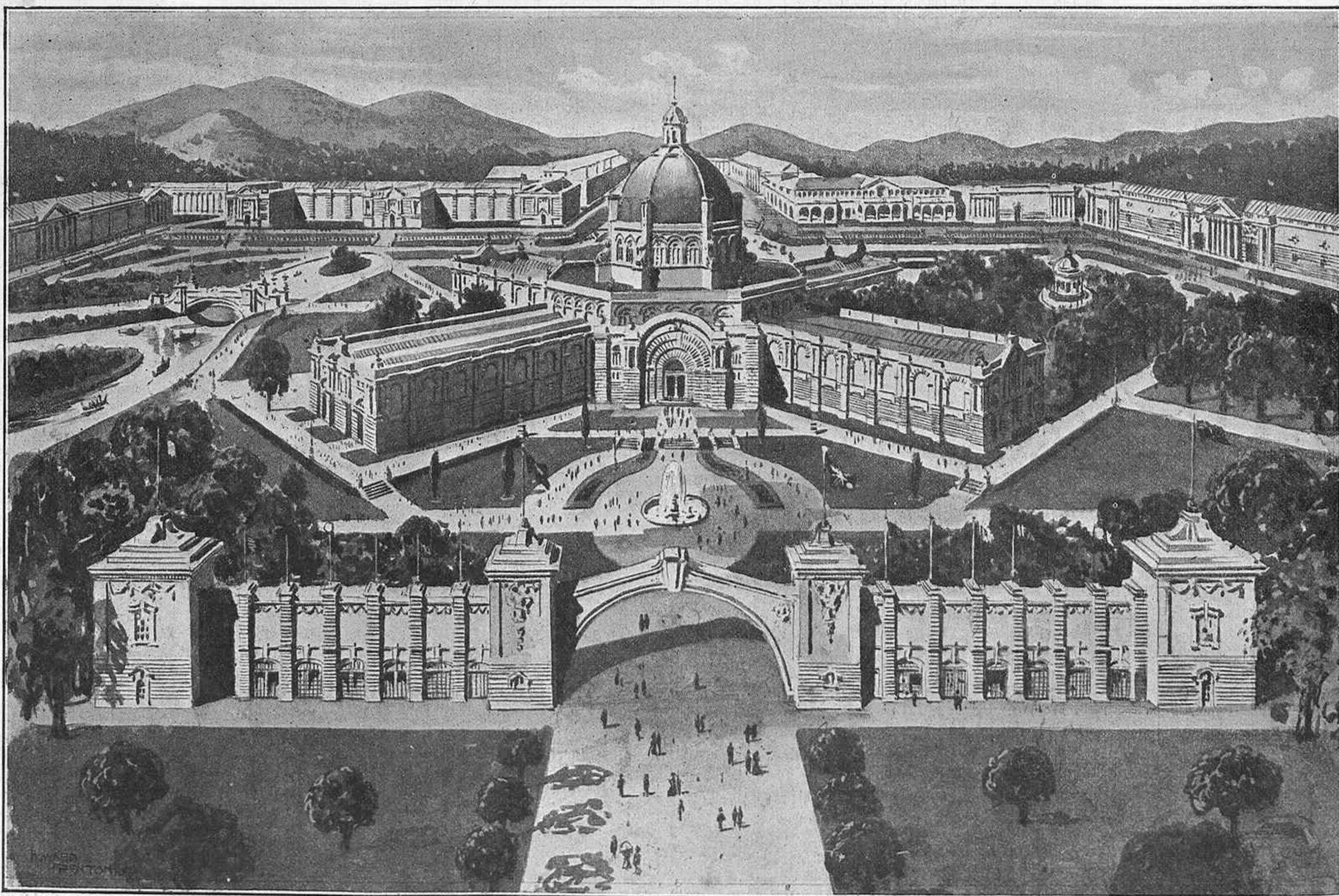
El día 14 de este mes inauguróse solemnemente esa exposición, cuyo objeto es fomentar las industrias, las artes y las ciencias de Irlanda, mediante la exhibición de los productos que han hecho famosa aquella región, y estimular el desarrollo comercial, para lo cual se invitó á todos los irlandeses á concurrir á ella con lo que cada uno produce.

La exposición ocupa un área de cincuenta y dos acres y está instalada en el hermoso parque Herbert, distante dos kilómetros y medio del centro de Dublín.

El centro del parque lo ocupa el gran palacio central, del que irradian cuatro pabellones rectangulares destinados á las secciones de manufacturas. Otros edificios son el palacio de Industrias, el palacio de Artes mecánicas y el palacio de Bellas Artes. Se ha procurado dar á la exposición un carácter atrayente y popular, á cual efecto, además de organizarse grandes fiestas musicales, hay en ella una porción de esos espectáculos y diversiones que tanto

contribuyen al buen éxito de esa clase de certámenes, en que tanto conviene armonizar lo agradable con lo útil.

La ceremonia inaugural fué presidida por lord Aberdeen, lugarteniente de Irlanda, á quien acompañaban su esposa, varios caballeros de la orden de San Patricio, en traje de gala, y toda la sociedad oficial de Dublín. Recibido por el marqués de Ormonde, lord Aberdeen contestó al discurso de bienvenida con que aquél le saludó, leyendo un telegrama del rey Eduardo VII en que S. M. enviaba su adhesión entusiasta á la exposición.—R.



DUBLÍN.—EXPOSICIÓN INDUSTRIAL IRLANDESA, INAUGURADA SOLEMNEMENTE EL DÍA 4 DE LOS CORRIENTES POR LORD ABERDEEN, LUGARTENIENTE DE IRLANDA. Dibujo del natural de Hovard Penton. (Reproducción autorizada.)

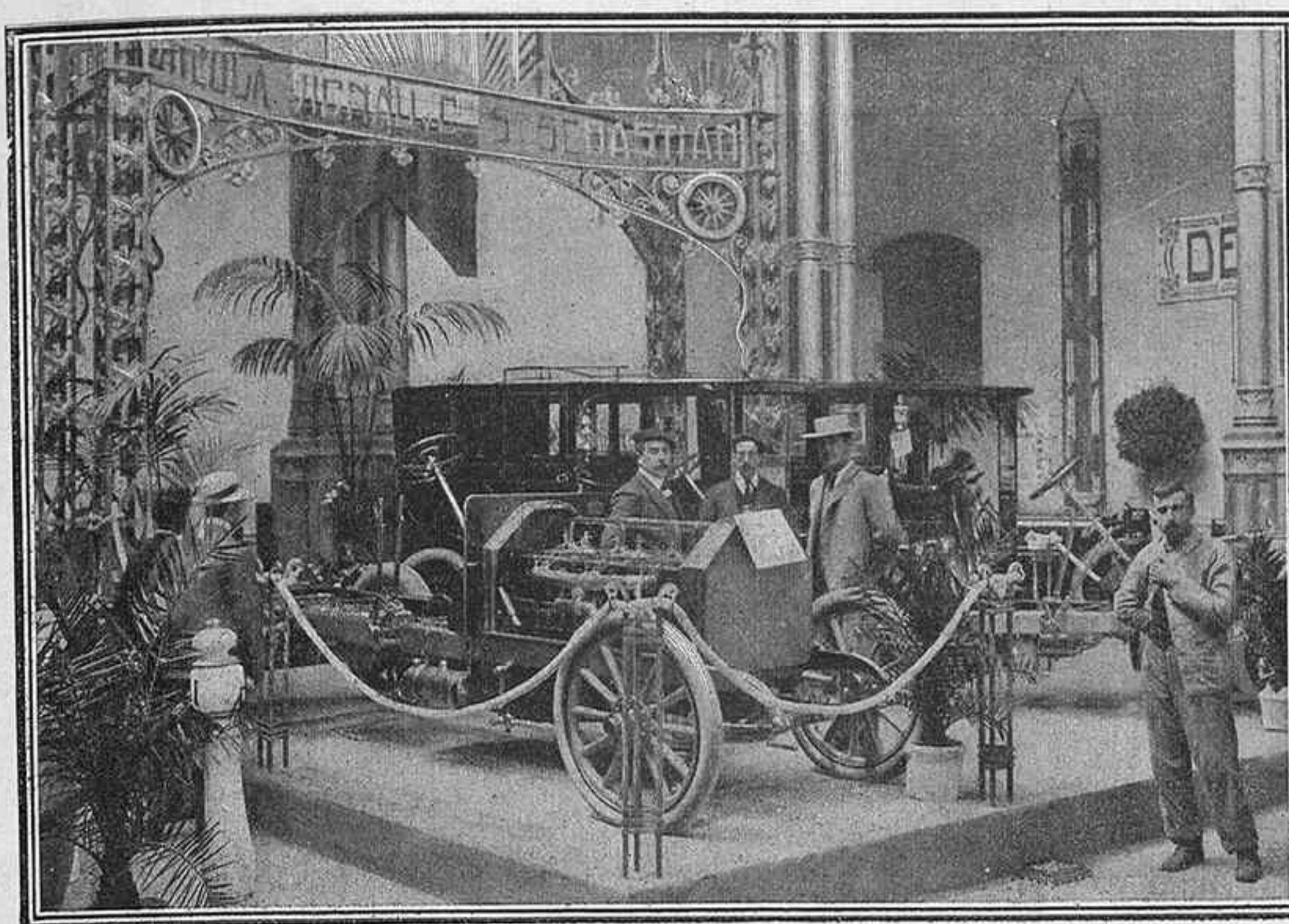
MADRID.—SALÓN DEL AUTOMÓVIL

Con gran solemnidad y con asistencia de la familia real efectuóse el día 4 de los corrientes en Madrid la inauguración de esa primera Exposición internacional de Automovilismo,

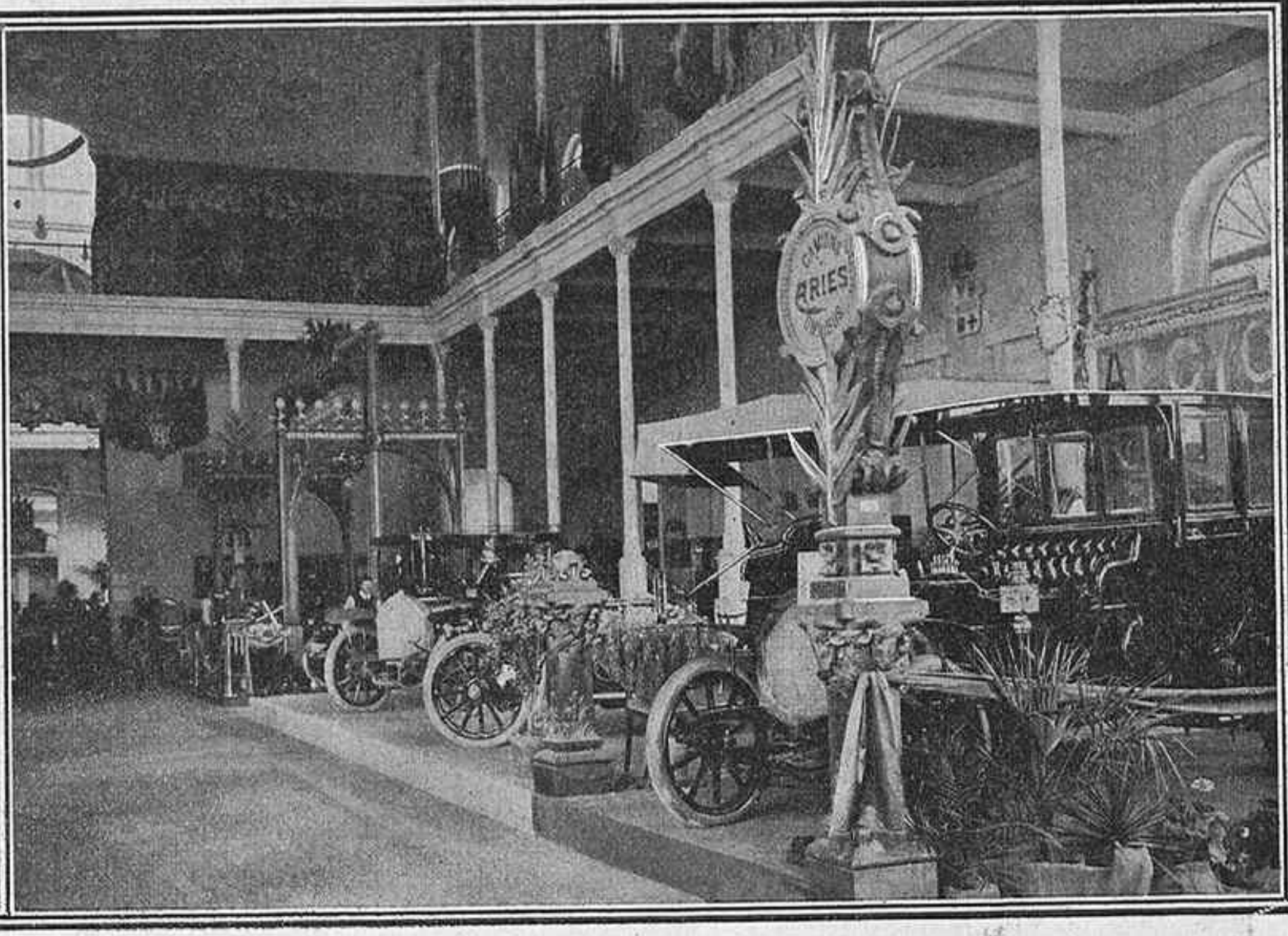
lista, tienen en sus *stand*, entre otros coches, un *landolet* cuya *carrosserie* ha sido construída en Madrid y va montada en un *chassis* de 18 caballos. En otra instalación presenta botes y

ómnibus de caza, de 35-40 caballos, construído expresamente para países montañosos.

Son muy notables también las instalaciones de las casas



INSTALACIÓN DE LA CASA URCOLA, VIGNAUD Y C.^a, DE SAN SEBASTIÁN



INSTALACIÓN DE LA CASA ARIES, DE CAMIONES Y ÓMNIBUS. (De fotografías de Toneser.)

ciclismo y deportes, instalada en el Palacio de las Artes é Industrias del paseo de la Castellana.

En sus diferentes secciones puede admirar el visitante: automóviles de ciudad y de turismo, automóviles de transportes y especiales, ómnibus, camiones de reparto, de guerra, de incendios, sanitarios, etc., bicicletas de todos los sistemas, motocicletas de dos y cuatro ruedas, ruedas de todas clases para automóviles, acumuladores, accesorios, cajas para automóviles, vestuarios y equipos completos para automovilistas, canoas y lanchas automóviles, globos dirigibles, aeroplanos, motores especiales para éstos y una gran colección de publicaciones, mapas, planos é itinerarios referentes á todo género de deportes.

Las casas más acreditadas de España y del extranjero han llevado las mejores muestras de su producción.

La Hispano-Suiza, de Barcelona, que ha sido premiada con medalla de oro y cuya instalación está decorada con mucho gusto, expone una magnífica *limousine* montada sobre un *chassis* de 40 caballos de fuerza, una elegante *landolet-limousine* y un doble faetón de 20 caballos.

La casa Iris-lars presenta un elegante doble faetón con todo desmontable de 40 caballos y seis cilindros.

Panhard y Levasseur, los decanos de la industria automovi-

chalupas automóviles, entre ellos una canoa que en las recientes regatas de Mónaco alcanzó velocidades de 50 kilómetros.

En el *stand* de la fábrica Clement llama la atención un her-

Urcola, Vignaud y C.^a, de San Sebastián, Berliet, Motobloc, Aleyon, Dion, Mercedes, Kor y otros.

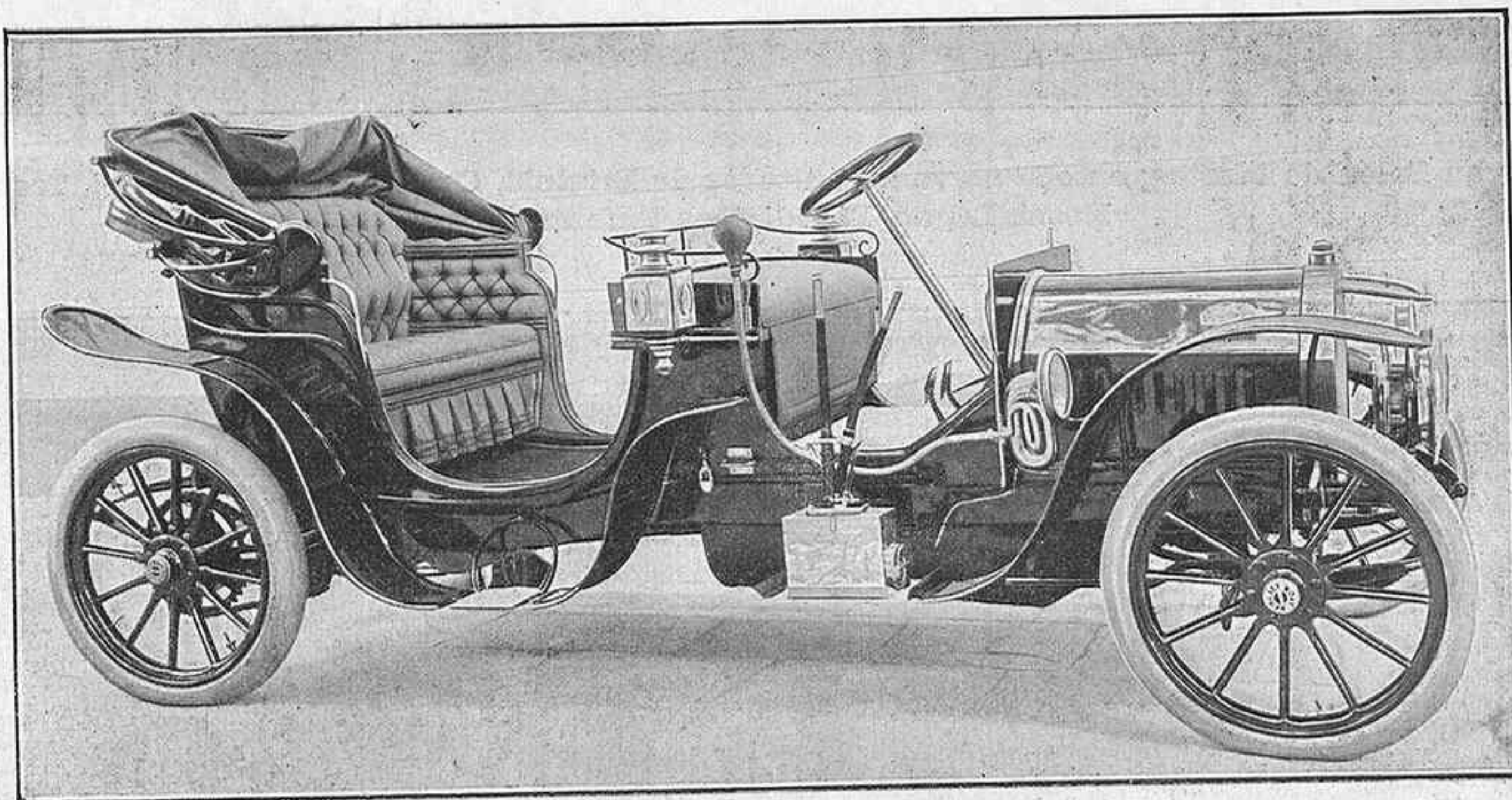
En la sección de neumáticos sobresalen las marcas Michelin, que expone una nueva llanta amovible para automóviles, con la que se puede efectuar el cambio de neumáticos en menos de tres minutos, Hutchinson y Le Galvis.

Entre las *carrosseries* llama la atención en primer término una de los Sres. Betlla hermanos, de Barcelona, montada sobre un *chassis* Berliet, que ha sido adquirida por S. M. el rey D. Alfonso XIII. Son también dignas de mención las de Santos Gómez, Vidal, Reinés, Rothschild, Boudiette y Kerner.

En el primer piso de la exposición figuran en primera línea las motocicletas marca René Gillet, que recientemente han ganado la Copa Samá en Tarragona, y las instalaciones de la casa Desnairés, que expone el armazón y el motor de un globo dirigible y varios motores para lanchas automóviles.

La familia real, además de la adquisición antes citada, ha efectuado varias compras de automóviles expuestos.

Para que se comprenda la importancia de la exposición, bastará decir que á ella han concurrido 117 expositores y que el valor de los coches y *chassis* expuestos asciende á cuatro millones de pesetas. — R.

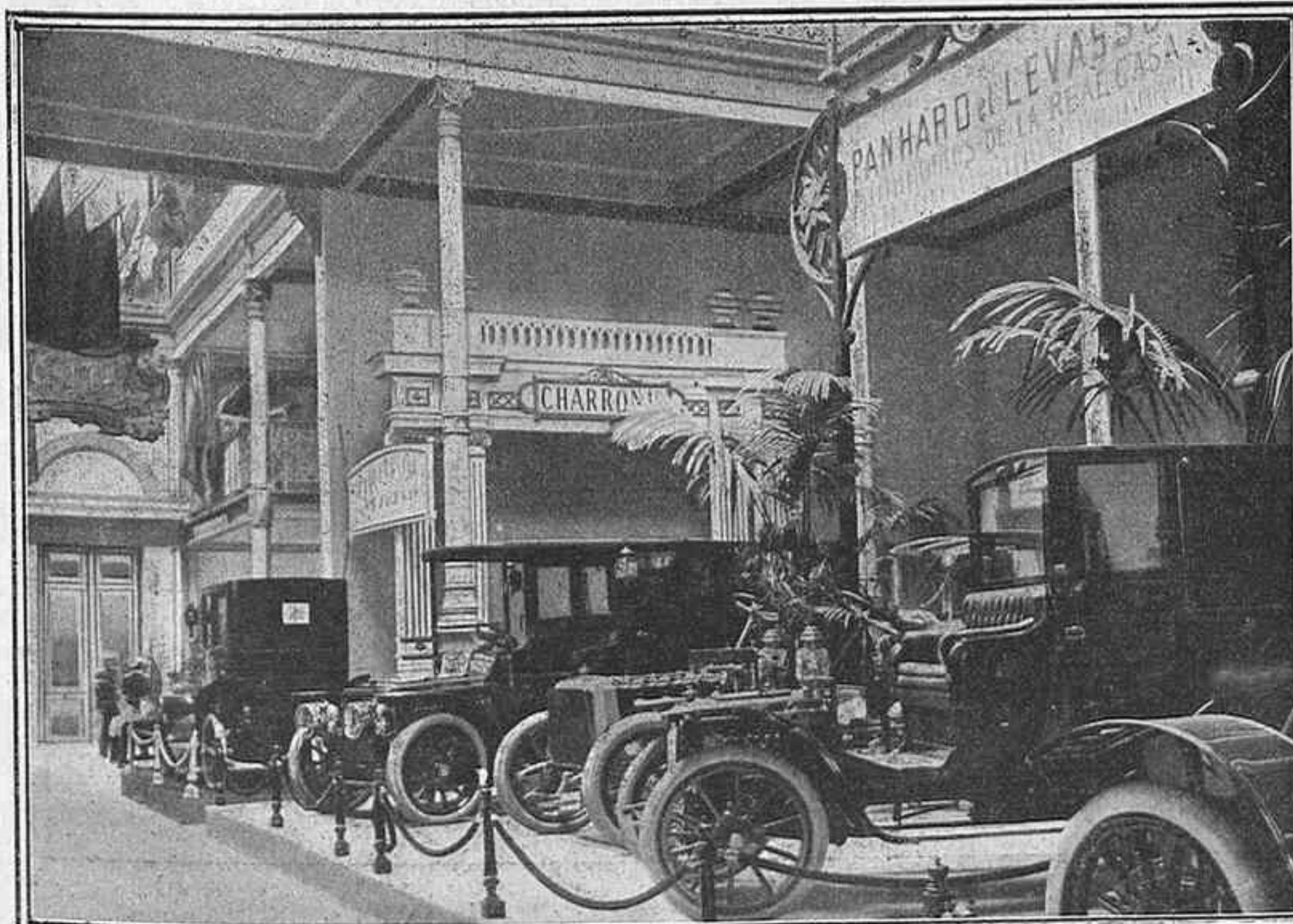


AUTOMÓVIL ADQUIRIDO POR S. M. EL REY D. ALFONSO XIII
Carrosserie de Betlla hermanos, de Barcelona; *chassis* de Berliet, de Lyon. (De fotografía de Ballell.)

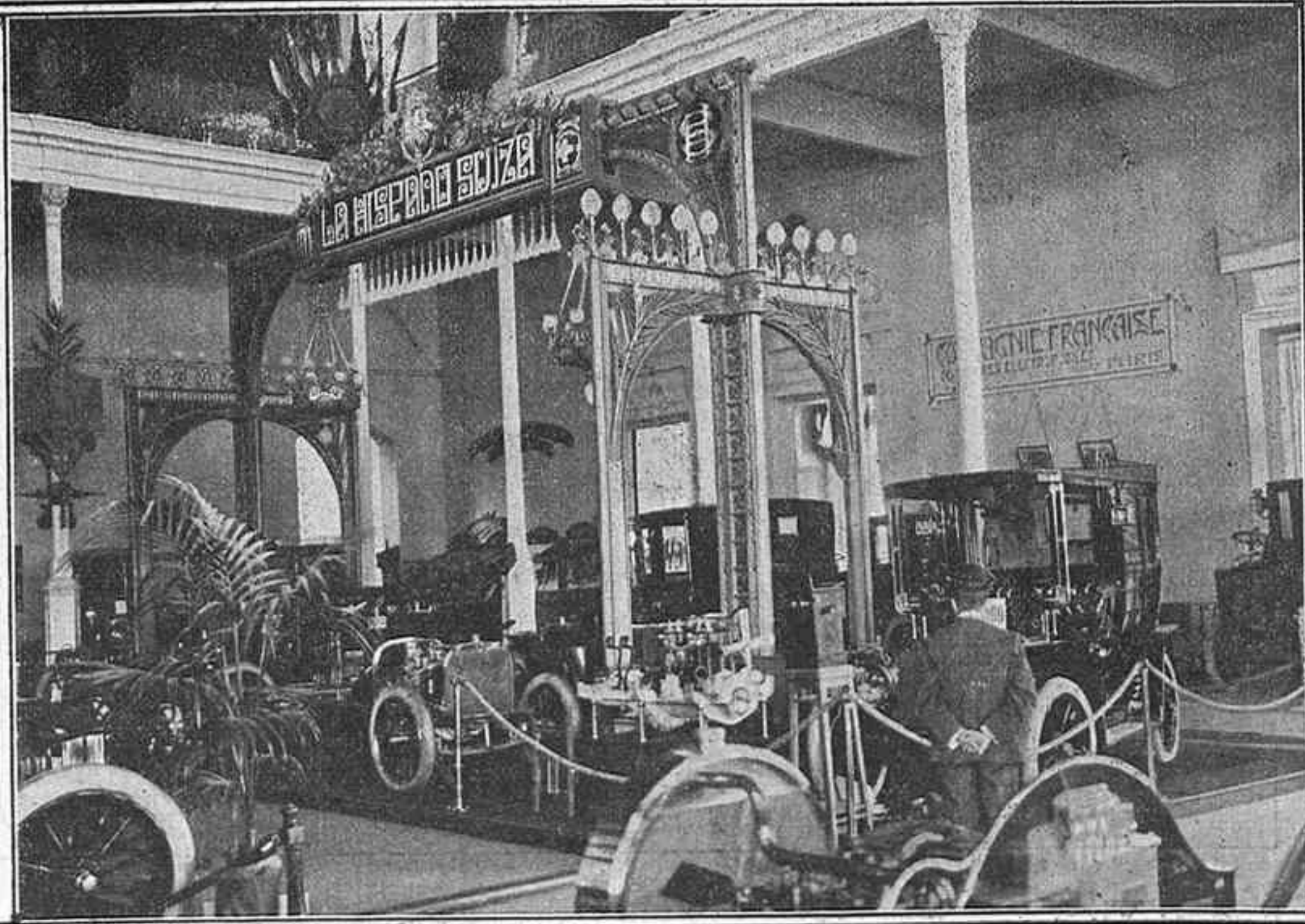
moso coche de gran turismo de 35 caballos, que acaba de recorrer, sin la más pequeña *panne*, 21.000 kilómetros.

La Automovil Fabrick Gazzenau tiene expuesto un bonito

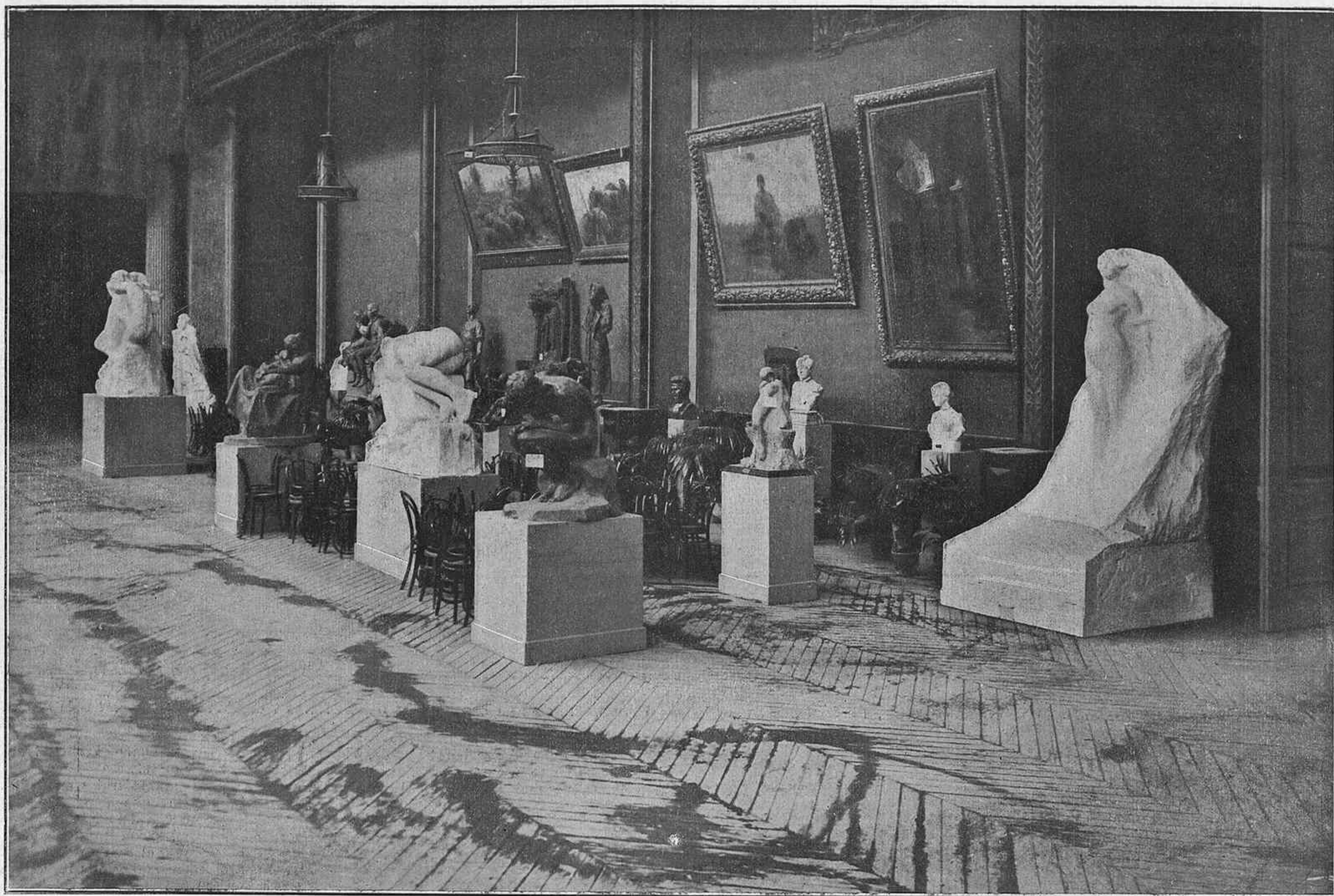
bastará decir que á ella han concurrido 117 expositores y que el valor de los coches y *chassis* expuestos asciende á cuatro millones de pesetas. — R.



INSTALACIONES DE LAS CASAS PANHARD ET LEVASSEUR Y CHARRON, DE PARÍS



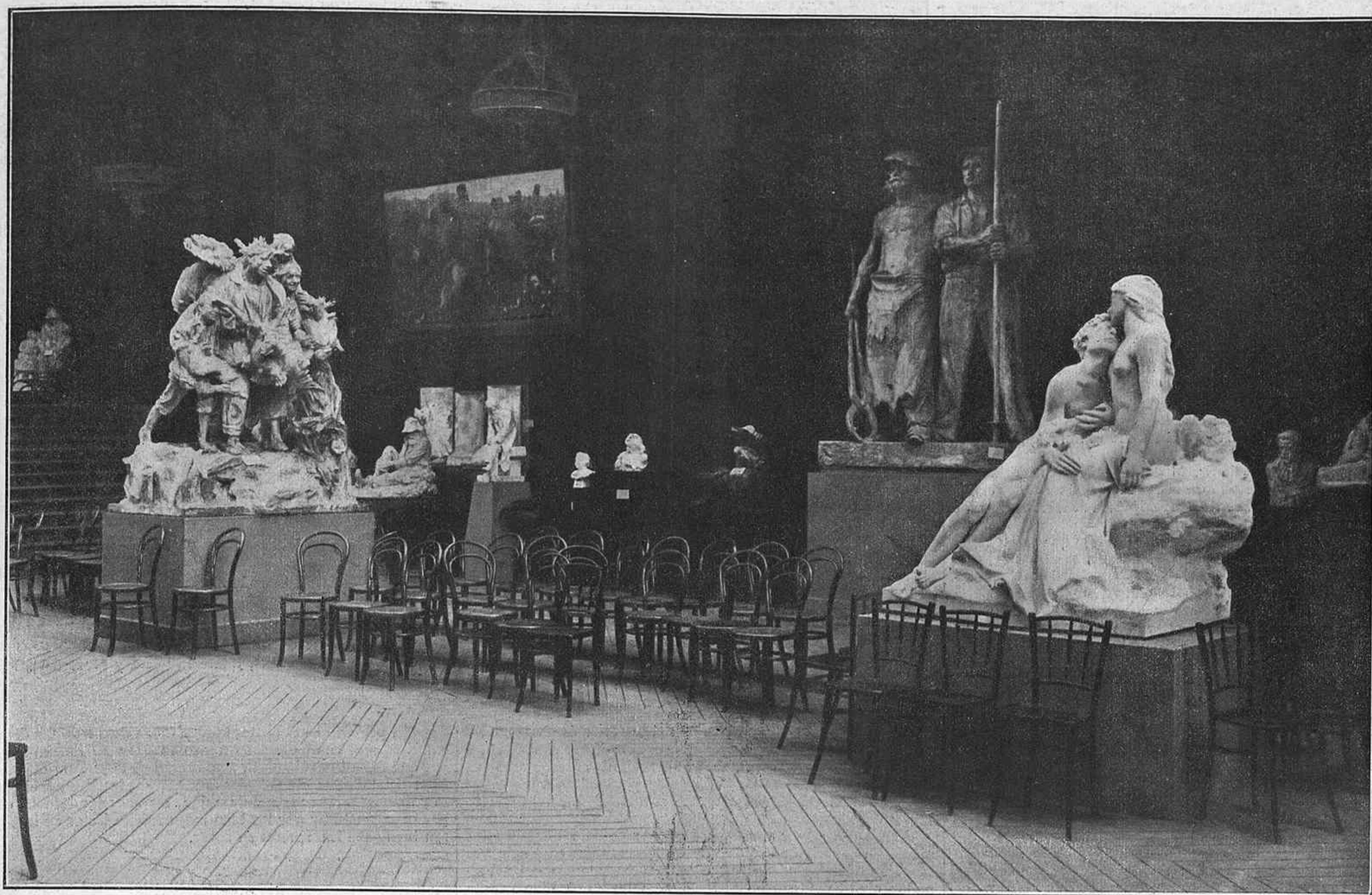
INSTALACIÓN DE LA HISPANO-SUIZA, DE BARCELONA. (De fotografía de Toneser.)



Vista parcial del gran Salón de Fiestas; en ella se ven esculturas de Bristolfi, Orondi, Fisher, Samuel, Trentacoste, Nicollini, Rossi, Lagae, Biondi, Des Enfants y otros



Vista parcial del gran Salón de Fiestas; en ella se ven esculturas de Llimona, Campeny, Mani Roig y un cuadro de Morelli



Vista parcial del gran Salón de Fiestas; en él se ven esculturas de Blay, Montserrat, Rocamora, Casanovas, etc.



Vista parcial del gran Salón de Fiestas; en ella se ven esculturas de Peynot, Carreras, Blay, Gargallo, Otero, Vallmitjana Abarca, Arnau, Clarassó, etc.

BARCELONA

LOS JUEGOS FLORALES. — LA FIESTA DEL ÁRBOL

Dos fiestas á cual más simpáticas celebráronse en esta ciudad el domingo, día 12 de los corrientes: la de los Juegos Florales, efectuada en el gran salón de la Lonja, y la del Arbol, en el Tibidabo.

Como todos los años, la tradicional fiesta de la poesía catalana congregó una concurrencia tan numerosa como distinguida en aquel grandioso y severo local, que se hallaba adornado con profusión de colgaduras, flores y arbustos. Poco antes de las doce presentóse en el estrado presidencial el Consistorio, acompañado del Ayuntamiento, de la Diputación Provincial en corporación y de los representantes de otras autoridades, corporaciones é invitados.

Abierta la fiesta por el alcalde Sr. Sanllehy, el Sr. Rubió y Lluch, presidente del Consistorio, leyó un hermoso discurso en el que aludió á todos los grandes poetas y escritores que en los Juegos Florales se han revelado, señaló la importancia que esa institución ha tenido para la vida espiritual de Cataluña, explicó cómo se han difundido por el resto de España y por algunos países extranjeros, hizo notar el sentimiento de cordialidad y de afecto con que en ella se ha acogido siempre á todo el mundo y la simpatía con que la han visto eminencias literarias de España y fuera de ella, y terminó entonando un himno á la lengua catalana y justificando el amor que el pueblo catalán le profesa.

Leyó luego el secretario Sr. Morató la memoria reglamentaria, emitiendo un juicio sobre el resultado general del certamen y dedicando un recuerdo á los adjuntos fallecidos durante el año.

Procedióse después á la apertura del pliego que contenía el nombre del autor de la poesía *La cabellera de Berenice*, premiada con la flor natural, y que resultó ser el Rdo. D. Lorenzo Ribé y Campins, quien entre los entusiastas aplausos de la concurrencia recogió el premio, y acompañado por algunos mantenedores, fué á ofrecérselo á la bella y elegante señorita doña Agueda Sanllehy y Girona, hija del alcalde de Barcelona, elegida por él reina de la fiesta. Poco después presentábase ésta, seguida de su Corte de Amor, formada por las señoritas doña Mercedes Febrer, Teresa y Carmen Escubós, Pilar Llibre, Pura y Mercedes Baixeras, María Fiol y Mercedes Ponsich. La aparición de esas lindas jóvenes, elegantemente vestidas y tocadas con mantillas blancas, fué saludada con grandes aplausos y aclamaciones.

Ocupada la presidencia por la reina de la fiesta, leyóse la poesía del Sr. Ribé y se procedió á la apertura de los demás pliegos y á la lectura de varias de las demás composiciones premiadas.

Los premios ordinarios fueron otorgados en la forma siguiente: *Englantina d'or*, al Sr. Tous y Maroto; y *Viola d'or y argent*, á D. Juan Alcover. Los extraordinarios los obtuvieron los Sres. Oller y Rabassa, Ribé y Campins, Folch y Torres, Alomar, Rdo. D. José Paradedá y Sala, Balanzó y Echevarría y Maseras. Alcanzaron accésit los Sres. Farrá, Bofill y Matas, Rahola, Dalmau, López, Aladern y Girbal y Jaume.

Concluidos el reparto de premios y la lectura de poesías, el felibre de Tolosa M. Terrasse dirigió un saludo á los Juegos Florales de Barcelona en nombre del *felibrige* provenzal, y el mantenedor Sr. Carner leyó una sentida salutación á las autoridades, al público y á las damas que habían asistido al acto, dedicando especiales elogios á la reina de la fiesta.



BARCELONA. — FIESTA DE LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN EL SALÓN DE LA LONJA EL DÍA 12 DE LOS CORRIENTES. — La reina de la fiesta Srta. D.^a Agueda Sanllehy y Girona, rodeada de su Corte de Amor, que formaban las Srtas. Febrer (Mercedes), Escubós y Girona (Teresa y Carmen), Llibre (Pilar), Baixeras (Pura y Mercedes), Fiol (María) y Ponsich (Mercedes). (De fotografía de A. Merletti.)

A los acordes de tres bandas de música dirigióse la comitiva oficial al sitio en donde debía plantarse el árbol simbólico, y después de bendecido éste, todos los invitados fueron arrojando paletadas de tierra en el hoyo de plantación, mientras el «Orfeo Barcelonés» entonaba el *Himno del Arbol*, del maestro Morera.

Terminada esta ceremonia, distribuyóse la merienda á los niños y la comitiva regresó á la casa de máquinas para celebrar la sesión oficial, que se efectuó bajo la presidencia del gobernador civil Sr. Ossorio. El Sr. Udina leyó una bien escrita memoria, procediéndose después á la apertura de los pliegos que contenían los nombres de los autores premiados en el concurso abierto para la mejor Cartilla Forestal. El premio se otorgó á D. Antonio Soldevila y Formigó; los accésit los obtuvieron los Sres. D. Luis Moreno Espinosa y D. Juan Surós Cento.

A continuación, el Sr. presidente de la «Asociación de los Amigos de la Fiesta del Arbol» D. Enrique Miralbell leyó el discurso reglamentario, y los Sres. Puig y Alfonso, en nombre del Ayuntamiento, y Badía, en el de la Diputación Provincial,

ducción presentase el distinguido pintor valenciano tan diestro colorista cual en el precioso lienzo titulado *El taller de tapias*, que fué adquirido en la Exposición de 1891 para el Museo Municipal de esta ciudad, por más que sea tan diverso el asunto y menos brillante la coloración, recomendándose la obra por su sobriedad y por los bien entendidos efectos de luz, que tan bien sabe interpretar su autor.

MISCELÁNEA

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con excelente éxito: en el Principal *Joves y vells*, cuadro cómico-lírico en un acto, letra de D. Enrique de Fuentes y música del maestro Ferrer; *No ho sé*, monólogo de D. Alfonso Maseras; y *Amor telefónico*, diálogo de D. Eduardo Aulés; y en Romea *Nit de neu*, comedia en un acto del Sr. Rius y Pons.

En el Tívoli logran muchos aplausos la Srta. Fons y los señores Colazza y Blanchart en la ópera de Verdi *Otello*.

En el teatro de Novedades ha comenzado una serie de funciones la notable compañía italiana de la eminente actriz señora Tina di Lorenzo, de la que forman parte el primer actor Sr. Carini y el actor cómico Sr. Falconi. Las representaciones dadas hasta ahora han sido otras tantas ovaciones.

Necrología. — Han fallecido:

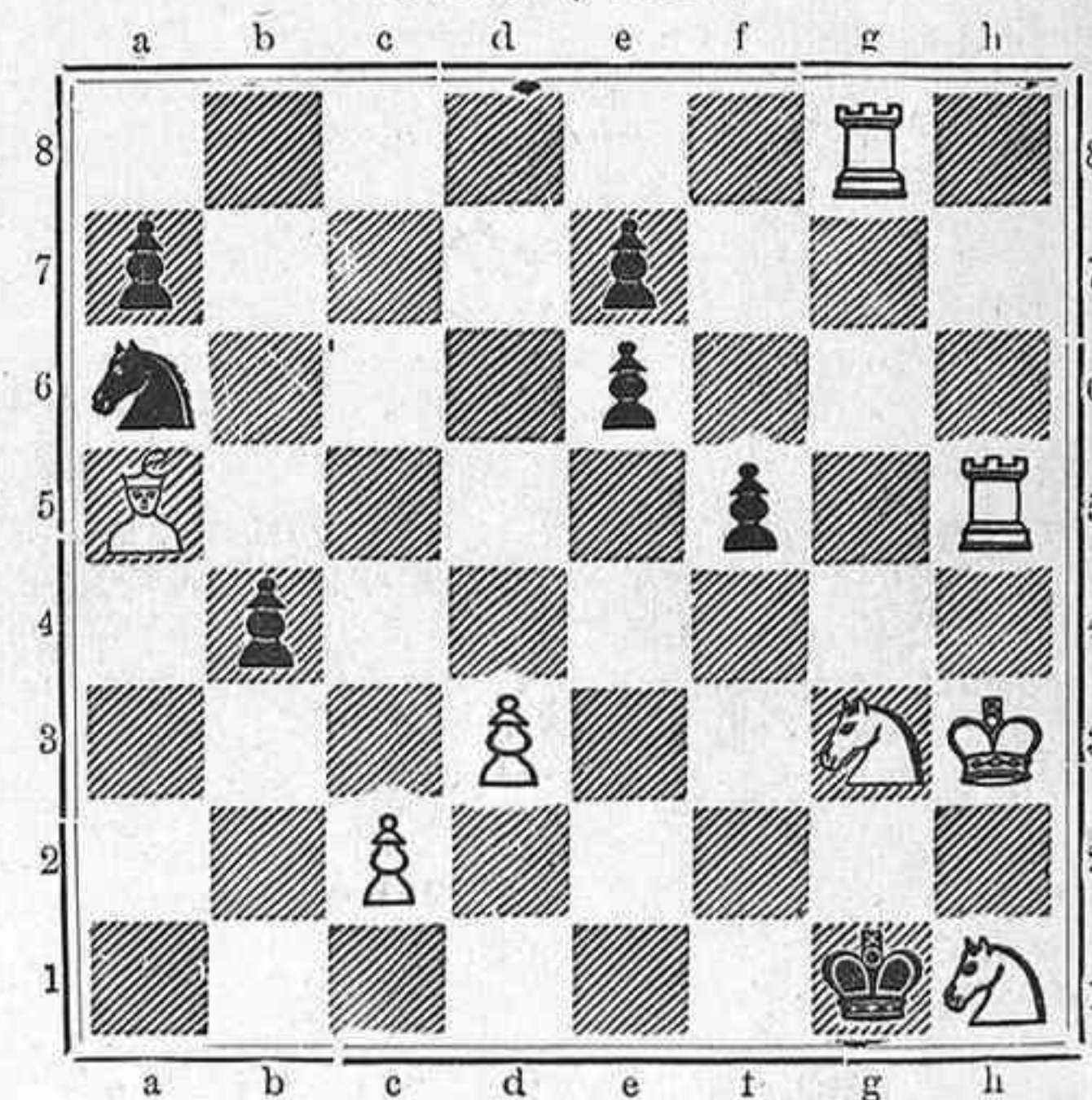
Andrés Theuriat, célebre poeta y novelista francés, individuo de la Academia Francesa.

Roberto Schweichel, novelista alemán.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 462, POR V. MARÍN.

NEGRAS (7 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 461, POR V. MARÍN.

Blancas.

Negras.

1. D b3-b6

1. Cualquiera.

2. T ó D mate.

AMBRE ROYAL VIOLET, 29, Boulevard des Capucines, París.



BARCELONA. — FIESTA DEL ÁRBOL CELEBRADA EN EL TIBIDABO EN LA TARDE DEL 12 DE LOS CORRIENTES. Acto de la plantación del árbol simbólico en presencia de las autoridades, corporaciones, etc. (De fotografía de Donoso.)

Después de estos discursos, el alcalde dió la fiesta por terminada.

En la tarde del mismo día celebróse en el Tibidabo, y bajo los auspicios del Ayuntamiento de Barcelona, la 9.^a Fiesta escolar del Arbol. En la casa de máquinas de la sociedad «Tibidabo» reuniéronse la junta organizadora y las representaciones del Ayuntamiento, de la Diputación Provincial, de las autoridades superiores militar y eclesiástica, de la Sociedad Catalana de Horticultura, de la Academia de Jurisprudencia y Legislación, de la Granja Experimental, de los Amigos de la Instrucción y de otras entidades. Fuera había los niños de las escuelas municipales, de la Casa Provincial y algunos colegios particulares, en número de 2.500, y un numeroso público.

asociáronse á la obra de cultura que significaba el acto que se estaba celebrando.

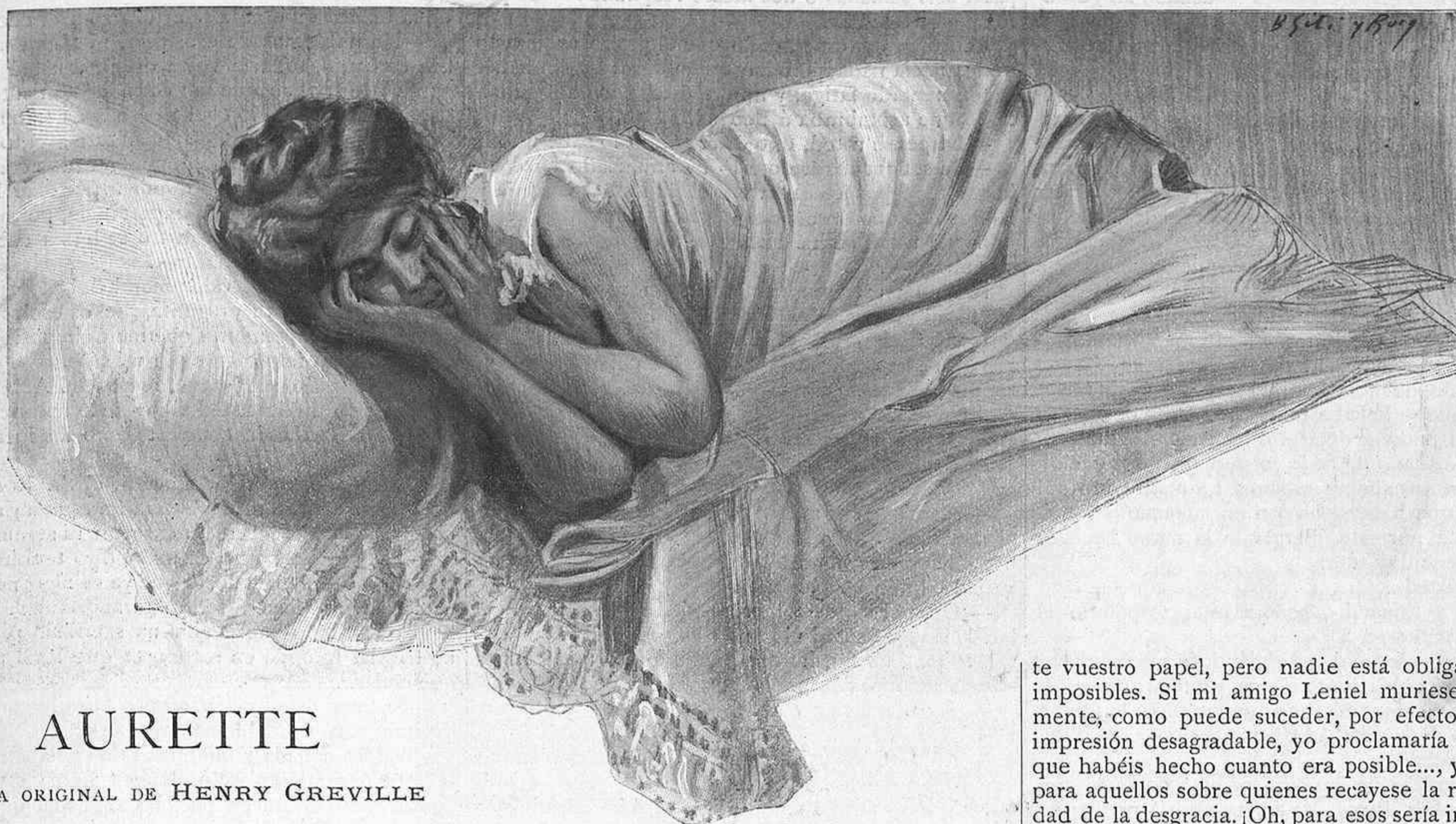
Terminó la fiesta con elocuentes frases pronunciadas por el Sr. Ossorio. — T.

BODEGÓN DE UN VILLORRIO DE FRANCIA,

CUADRO DE J. MIRALLES DARMANÍN

(V Exposición de Arte de Barcelona)

Interesante estudio es el que ofrece nuestro amigo por medio de su cuadro de costumbres representando una animada escena en un bodegón de un pueblecito francés. En esta pro-



AURETTE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE

ILUSTRACIONES DE GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

—Prefiero que haya obrado en seguida, repuso vivamente Aurette; y no por mi padre, para quien habría podido ser esto un golpe mortal, sino por mí misma. Odio las situaciones ambiguas; la duda me parece el mayor de los sufrimientos y preferiría tener la certeza de un infortunio que esperararlo mucho tiempo.

«Ama á ese imbécil—pensó el doctor—y aún cree en él. ¡Cuántas penas le están todavía reservadas, aun después del golpe que ha recibido!»

—Pues bien, dijo en alta voz; prepárate para pruebas muy duras, hija mía. En el estado en que tu padre se halla, todo el peso de la vida de familia cae sobre ti. Yo te ayudaré cuanto pueda á sobrellevarlo; en cuanto á vuestro notario, aunque es un hombre excelente, tiene mujer y tres hijas..., no te arriesgues, pues, por este lado, porque te expondrías á un sin fin de complicaciones. Tú, yo...

—Y Julia, añadió Aurette con expresión de cariñoso orgullo. ¡Si usted supiera cómo me ha cuidado, con qué sangre fría, con qué presencia de ánimo! Antes de esta noche última no la conocía.

El doctor guió á su poney hacia Angers.

—Olvido á mis enfermos, dijo, y estoy seguro de que se disponen á echarme un regaño. ¿Conque Julia se ha portado como buena enfermera? ¿Sigue hablando de hacerse hermana de la caridad?

—Desde la fiesta del Corpus no ha vuelto á hablar de ello. ¿Por qué me pregunta usted eso, doctor?

—Porque me parecería superfluo que fuese á ejercer sus deberes de cristiana fuera de su casa cuando tanto tiene que hacer dentro de ella. También es joven y tal vez aprenderá la vida en una escuela más ruda que la de las postulantes. En fin, Aurette, oye mis recomendaciones: para tu padre, el mismo régimen de calma absoluta; para ti, el silencio y la resignación... hasta nueva orden. Deja sin respuesta la carta de la señora de Bertholón, á quien haré saber que la menor emoción puede poner al Sr. Leniel en peligro de muerte. Supongo que lograré de ella, no una retractación..., que tampoco tú querrías...

—¡Oh, no!, suspiró Aurette.

—Pero sí un paso que le permita conseguir lo que desea sin causar la muerte de un enfermo que me es muy querido. ¿Quieres confiarme esa epístola notable? No te prometo devolvértela, pero seguramente te entregaré otra en su lugar.

Aurette, sin decir palabra, asintió con el ademán y con la mirada.

—Ya estamos en tu Nido, siguió diciendo el excelente doctor; te dejaré delante de la verja. Dile á Julia que estoy contento de ella y que si se porta muy bien, me la llevaré á mi clínica para enseñarle á curar á los heridos; sé que se muere de ganas de saber esas cosas. Hasta mañana.

Saludó afectuosamente á Aurette con un movimiento de cabeza y se inclinó hacia adelante para

coger el látigo; el caballo, que sabía lo que aquello significaba, emprendió un trote rápido.

Antes de reunirse con su padre y con su hermana, detúvose Aurette en el vestíbulo y preguntó al criado si había venido alguien y si habían traído alguna carta para ella, á lo que aquél contestó negativamente. El ligero color que el paseo, el aire y algo de esperanza habían puesto en sus mejillas desapareció muy pronto; respiró profundamente, como para infundirse fuerzas, y volvió al lado de los suyos.

VII

El doctor Rozel, infinitamente suave, delicado y prudente con sus enfermos, tenía fama de usar pocos miramientos cuando se trataba de una operación moral; por esto la señora de Bertholón, que conocía su intimidad con la familia Leniel, no recibió con mucho agrado su visita. El rumor de una indisposición grave del Sr. Leniel circulaba desde la mañana por la ciudad, hasta entonces ocupada principalmente en hablar de los jóvenes desposados que al presente habían emprendido el vuelo. La inteligencia clara y despierta de la anciana señora le hizo ver inmediatamente una correlación entre su carta y la visita del doctor y creyó que éste iba á pedirle cuenta de la vida de su enfermo.

Resuelta á decirle que sus asuntos no le atañían á él, entró más glacial que nunca en aquel salón en donde la esperaba el doctor, y con una temperatura de bajo cero le ofreció una butaca.

El Sr. Rozel, como si no se percatara de que el asiento que le ofrecían era, al menos moralmente, un bloque de hielo, sentóse en él cómodamente y aun se instaló en actitud de quien va dispuesto á una larga entrevista. Comenzó hablando de cosas tan importantes como el estado sanitario de la ciudad y un cambio probable, aunque no inminente, de guarnición, y cuando hubo exasperado á la señora de Bertholón hasta ponerla en el grado de frialdad extrema, le dijo á quemarropa:

—Vengo del Nido de Pájaros; el Sr. Leniel está muy enfermo.

El mercurio del termómetro moral de la señora de Bertholón se congeló inmediatamente, y su marmóreo semblante pareció decir: «No sé por qué me habla usted de personas enteramente extrañas para mí.»

Pero el doctor, que no era hombre para desconcertarse por tan poca cosa, prosiguió:

—Como médico desearía vivamente que se le evitara cualquier emoción, lo mismo buena que mala. Sus dos hijas son dos ángeles...

La señora de Bertholón levantó ligeramente las cejas, como preguntando: «¿Julia también?» Pero sus ojos azules siguieron reflejando los bancos de hielo del polo.

—Sin embargo, no está en su mano evitar todo disgusto á su padre... Hace un momento les he dicho: «Pobres hijas mías, desempeñáis admirablemen-

te vuestro papel, pero nadie está obligado á hacer imposibles. Si mi amigo Leniel muriese repentinamente, como puede suceder, por efecto de alguna impresión desagradable, yo proclamaría en alta voz que habéis hecho cuanto era posible..., y tanto peor para aquellos sobre quienes recayese la responsabilidad de la desgracia. ¡Oh, para esos sería implacable!» Esto les he dicho, señora mía, y aunque naturalmente mis palabras no las han consolado, por lo menos he rendido tributo á la verdad.

La sangre volvió á circular, al parecer, algo mejor por las venas de la señora de Bertholón, quien, abriendo los labios, no sin cierta dificultad, preguntó con un principio de inquietud:

—¿Tan enfermo está?

—Esos reumatismos complicados con eudocarditis son siempre muy graves...

La anciana no comprendió aquellos vocablos, mas no por ello se sintió menos impresionada.

—Usted, que pronto va á emparentar con la familia Leniel...

La señora de Bertholón no pudo reprimir un movimiento.

—¿Qué?, exclamó el doctor. ¿No es su hijo de usted novio de Aurette?

—No se las eche usted de ingenioso, Sr. Rozel, repuso la señora lanzándole una mirada penetrante. Demasiado sabe usted que he retirado mi palabra.

El doctor la saludó cortésmente y sacó de su cartera la carta que Aurette le había entregado.

—En efecto, señora mía, respondió el Sr. Rozel; y aquí está la prueba firmada por usted. ¿Qué diría usted si yo le hiciese saber que leyéndola acaba el Sr. Leniel de exhalar el último suspiro en mis brazos?

La señora de Bertholón miró atentamente el rostro del doctor, que permanecía impenetrable, y llegó á sentir verdadero miedo.

—No se chancee usted, caballero, dijo; la cosa es seria.

—Tenga usted la seguridad, señora, de que si no fuese seria no tendría yo el honor de hallarme en este momento en su casa de usted. ¿Quiere usted una transacción?

—¿Una... qué?, exclamó la dama con altanería.

—Una transacción, repitió el doctor recalcando la palabra. El mar está hermoso en este tiempo; las playas no están aún atestadas de bañistas como lo estarán dentro de seis semanas, y este es el momento más á propósito para hacer una excursión por Bretaña ó para visitar Arcachón, si prefiere usted las costas pobladas de árboles resineros. Su salud exige ciertamente el aire del Océano; ¿ó tal vez desea usted pasar un mes ó dos en unas aguas? Estoy pronto á recetárselas á usted...

—¡Caballero!, exclamó con indignación la madre de Raúl interrumpiéndole.

—En este caso, prosiguió el doctor sin desconcertarse, escribirá usted al Sr. Leniel que, viéndose obligada á ausentarse repentinamente, no tiene usted tiempo de ir con su hijo á despedirse de él y de sus hijas. Y añadirá usted que en cuanto regrese tendrá mucho gusto en volver á verle. Después, durante la ausencia, le escribirá usted una ó dos veces. Como las cartas de usted no pecan nunca de amables, el Sr. Leniel no extrañará la frialdad de las mismas. Y á la vuelta..., á la vuelta, si no ha mudado usted de opinión, la señorita Aurette le escribirá que ha reflexionado y que su hijo de usted queda en libertad absoluta.

La señora de Bertholón había escuchado muy atentamente el final de ese discurso.

—Pero, caballero, ¿a santo de qué habría de ejecutar yo ese plan combinado por usted?

—A santo de esto, respondió el Sr. Rozel enseñándole la carta que no había doblado y que conservaba entre el pulgar y el índice. Si usted se negase a lo que le propongo, yo, como médico, sería responsable, y como amigo de la familia tendría que dar especial publicidad al documento que habría determinado alteraciones graves en el estado de mi cliente y amigo, quien, estando como está lúcido, no puede ignorar más allá de algunas horas ó de algunos días, a lo sumo, un hecho que tan de cerca le toca.

La señora de Bertholón quedóse inmóvil, reflexionando profundamente. El doctor Rozel gozaba de tal reputación de hombre invulnerable bajo todos conceptos, que se hallaba muy por encima de cuanto acerca de él pudiera decirse ó hacerse. Además, su palabra era artículo de fe, lo mismo entre sus enemigos que entre sus amigos mejores. La madre de Raúl tenía, pues, que habérselas con un adversario demasiado temible; por esto, alargando la mano hacia la carta, dijo sencillamente:

—Déme usted...

—Dando y tomando, señora mía, respondió el doctor sin inmutarse.

La anciana se levantó, y dirigiéndose a un pequeño escritorio que había junto a una ventana, se sentó, sacó su carpeta, aseguró sus anteojos, mojó la pluma en el tintero y sin mirar al doctor le dijo:

—Díctele usted.

—¡Me guardaré de hacerlo, señora!, contestó modestamente el Sr. Rozel. Mi amigo saldría perdiendo demasiado si no recibiese un billete escrito por usted misma.

La señora de Bertholón inclinóse sobre el papel y trazó con su escritura enrevesada una decena de líneas expresando el pesar que sentía por tener que marcharse con su hijo sin estrechar la mano de sus amigos, etc. Cuando hubo terminado la carta echó sobre ella una pulgarada de arenilla de oro y la presentó abierta al doctor, el cual la cogió y leyó con la mayor tranquilidad del mundo.

—Perfectamente, dijo realizando el trueque; pondremos ésta en el sobre de la otra, y la primera vez que el Sr. Leniel pida su correspondencia le será entregada. La señorita Leniel no tardará en adoptar la determinación que he dicho a usted y que pondrá término a ese pequeño equívoco, y de ella tendrá usted noticia inmediatamente. Señora mía, estoy a los pies de usted.

El doctor estaba ya en la calle y aún la señora de Bertholón no había vuelto de su asombro. El ataque, en verdad, había sido rudo, y esto atenuaba la vergüenza de la derrota. Sería muy duro, ciertamente, que se dijese que la ruptura la habían promovido los Leniel; pero después de las muchas mortificaciones que aquella maldita boda les había acarreado, por más que dijeran, la gente sólo a medias les creería..., amén de que hay silencios y sonrisas muy elocuentes cuando se habla de una boda deshecha.

El doctor Rozel miró el reloj, y viendo que era hora a propósito, encaminóse al café Gasmault, situado cerca del teatro, en la plaza de la Reunión, en donde encontraría entonces con seguridad a Raúl Bertholón solo ó con un amigo. Efectivamente, allí estaba el joven arquitecto solo y al parecer muy aburrido.

Al ver al doctor, hizo un movimiento como para escabullirse; pero se contuvo y le saludó con indiferencia, continuando la lectura de su diario con la esperanza de que el Sr. Rozel pasaría de largo.

¡Esperanza vana! El médico se le acercó y se sentó a su lado en el amplio diván, allí donde las mesas muy espaciadas permitían formar grupos enteramente aislados unos de otros.

—Es bonito esto, exclamó Rozel admirando con aire inteligente el decorado verdaderamente artístico del café. ¿Viene usted á menudo?

—Sí, respondió Raúl fríamente. Es un establecimiento tranquilo y muy decente; aquí nadie grita.

En efecto, los concurrentes hablaban á media voz y sólo el ruido de las bolas de billar de un salón apartado recordaba en aquella hora que era aquel un establecimiento público.

—Perfectamente, exclamó el doctor pidiendo un vermouth.

Cuando le hubieron servido el aperitivo, sentóse cómodamente; aquel batidor de carreteras era un gran sibarita y le gustaba estar bien sentado.

—Conque se va usted con su madre á pasar una temporada junto al mar, dijo con la mayor inocencia.

Raúl le miró con el mismo asombro que si le hubiese anunciado la visita del shah de Persia.

—Sí, añadió el doctor sin inmutarse, va usted á

pasar seis semanas ó dos meses respirando aires puros para descansar.

La ironía era cruel, dado que el guapo arquitecto nunca hacía nada; pero hay quien descansa sin haber experimentado fatiga, y no era esto, por consiguiente, lo que asombraba á Bertholón.

—Dispense usted, dijo éste, ¿cómo lo sabe usted?

—Su señora madre me lo ha anunciado hace un instante, respondió el Sr. Rozel. He ido á visitarla y hemos hablado de muchas cosas... ¿De modo que su boda de usted se ha deshecho, así como suena, sin atenuaciones?

Raúl, en extremo contrariado, revolvióse en el blando diván como si fuera un lecho de espinas.

—Ya verá usted, dijo, se ha deshecho..., sí, en efecto, se ha deshecho y lo siento en el alma, aseguro á usted que lo siento en el alma..., pero después de lo que ha ocurrido, convendrá usted en que el enlace era mucho menos brillante... y... ¡qué diantre!...

El doctor, viendo que se embrollaba, acudió en su auxilio.

—El enlace era menos brillante; ¿se referirá usted al matrimonio de Carlos? Porque la señorita..., si á usted le parece bien no la nombraremos, en nada ha variado, que yo sepa.

—¡Oh, por supuesto!, protestó Raúl con cierto calor. Ella sigue siendo lo que siempre ha sido, un ángel. Pero..., en fin, he comprendido que para evitar complicaciones desagradables, valía más...

—¿Ha renunciado usted á ella en absoluto, sin vacilar?

—¡Ah, no!, sin vacilar, no, pardiez; antes bien me ha costado mucho..., pero...

De pronto miró á su interlocutor, é impulsado por una necesidad irresistible de expansionarse, dijo en voz baja inclinándose hacia él:

—No sabe usted, doctor, lo que es tener que habérselas con una mujer como mi madre. He intentado durante ocho días..., pero no he podido. Mi madre no quiere y yo sería el hombre más desgraciado si la contrariaba. No hay medio, créalo usted.

—¿Le desheredaría?, preguntó el doctor en tono burlón.

Un destello de altivez iluminó los ojos del joven.

—Si no fuera más que esto, exclamó; pero es que me amargaría la vida... Entre dos disgustos he elegido el que era..., el que era...

—El que no era ni el más inmediato ni el más grande, dijo el Sr. Rozel completando la frase y levantándose para marcharse. ¿Y si viniera usted conmigo al Nido, añadió de pronto, y tuviera el valor de enviar á paseo, perdone la expresión, pero no encuentro otra más á propósito, á su señora madre? Aunque le desheredara á usted, el mal no sería muy grande; mi amigo es bastante rico para indemnizarle.

—¡Oh, no es por esto!, repuso Raúl protestando con verdadero calor y evidente buena fe. Es por la tranquilidad. Mire usted, doctor, si yo entrara por ese camino se me habría acabado la tranquilidad para siempre.

—¡Es lamentable!, dijo el Sr. Rozel mordiendo el puño de su bastón. ¿Resueltamente no quiere usted?

—¡No puedo!, contestó el joven contrariado.

Mientras el doctor, después de haberle saludado, le volvía la espalda poniéndose el sombrero y murmurando un «¡Es lástima!» casi tan frío como si lo hubiera pronunciado la señora de Bertholón, le cogió el brazo y le dijo:

—Doctor, dígame usted que he tenido un gran disgusto, muy grande... Se lo aseguro á usted... No puede usted imaginarlo...

—No se lo diré, téngalo usted por seguro, replicó el Sr. Rozel secamente. Si quiere usted que ella lo sepa, dígaselo usted mismo. Buenas tardes.

Salió dejando á Raúl de muy mal humor. Después de un momento de vacilación, el joven volvió á sentarse, diciendo para sí: «¡No, no puedo! ¡Sería el infierno! Y sin embargo, lo siento mucho, pero es imposible.»

VIII

El doctor tenía prisa por ver de nuevo á Aurette. Como diplomático estaba satisfecho de su triunfo cerca de la señora de Bertholón; mas como amigo estaba muy disgustado por no haber conseguido nada de Raúl, á quien de todo corazón maldecía. Por esto estaba decidido á no hacer mención de su entrevista con el joven.

La señorita Leniel escuchó á su viejo amigo con una atención emocionada que le recompensaba de su trabajo; y cuando el doctor hubo concluido su relato, los ojos pardos de la joven se fijaron en los suyos y le dieron las gracias mejor que los labios.

—Como ves, terminó diciendo el Sr. Rozel, el amor propio queda á salvo, lo cual es mucho; en cuanto al corazón...

Aurette alargó lentamente la mano hacia el brazo de la butaca en donde se arrellanaba el doctor.

—No hablemos de eso, dijo, ni ahora ni nunca. Sin embargo, todavía voy á dirigir á usted una pregunta y le suplico que me conteste con entera franqueza, después de lo cual nunca más trataremos de esa cuestión. ¿Cree usted que en este asunto el señor Bertholón ha estado absolutamente de acuerdo con su madre, ó se ha dejado dominar por ella? Punto es este para mí de la mayor importancia, porque...

No pudo terminar; su rostro se había cubierto de rubor y sus labios temblaban.

—Porque todo el valor moral del personaje está en la respuesta á tu pregunta, ¿no es eso?, repuso el doctor. Ya comprenderás que me es imposible juzgar un asunto tan importante por mí solo.

—No le pido que juzgue, respondió Aurette; pero ¿no ha visto u oído usted algo que le autorice á creer que Raúl Bertholón comparte ó no las ideas de su madre?

Interrogado tan directamente, el Sr. Rozel vióse obligado á contestar con entera franqueza y refirió su entrevista con el joven sin exagerar ni atenuar nada.

—Ese muchacho no es malo, dijo terminando su relato; es desinteresado, lo que ya es algo; pero es un egoísta que prefiere á todo su tranquilidad. Tu existencia á su lado habría sido un sacrificio perpetuo y no habrías tardado en reconocer que Raúl no era lo que creías...

—Sí, tiene usted razón, repuso Aurette con infinita dulzura; pero no hablemos más de ello.

Quedóse callada y mientras reflexionaba el doctor la estuvo contemplando. Nunca había estado tan bonita como entonces, pues las angustias de los últimos días habían dado á su belleza un carácter elevado que la hacía más noble y conmovedora. Ciertas naturalezas se abaten bajo el peso del sufrimiento; otras se yerguen para soportarlo mejor: Aurette parecía haber crecido, y esta impresión fué tan intensa en el Sr. Rozel, que involuntariamente la midió dos veces con los ojos.

—Es usted la bondad misma, dijo Aurette tras una larga pausa. Me ha salvado usted de la situación más terrible en que pueda hallarse una joven que nada tiene que reprocharse. La carta que ha prometido usted á la señora de Bertholón la escribiré cuando y como usted quiera...

—Tenemos tiempo. Ante todo es menester que tu padre se haya restablecido lo suficiente para que puedas anunciarle ese cambio. ¿Qué le dirás?

—¡Oh, no tema usted! Ya he pensado en ello, contestó la joven sonriendo tristemente. Le diré que la indiferencia manifestada por los Bertholón acerca de su enfermedad me ha mortificado y que prefiero no casarme á darle un hijo que no le querría bastante.

—¡Perfectamente!, exclamó el doctor contemplándola asombrado. No habría concebido nada tan juicioso un viejo filósofo como yo. Pero ya te he dicho que tenemos tiempo; de aquí al domingo, escogerás un momento favorable para notificar á tu padre la partida de la señora de Bertholón.

Aurette, por toda respuesta, inclinó la cabeza y el doctor la atrajo á sí con fuerza y la besó en la frente.

—¡Ah!, murmuró como si hablara consigo mismo. Encontrar una mujer como tú y no saber hacérsela suya hasta la tumba, ¡he aquí una cosa que da triste idea de un hombre! En fin, la vida es larga y no todos los hombres son unos imbéciles.

El Sr. Leniel acogió muy filosóficamente la noticia del viaje de la señora de Bertholón. Sin pensar ni remotamente en una ruptura y creyendo, dado el aspecto tranquilo de su hija, que se trataba á lo sumo de un enfriamiento pasajero, aceptó con cierta satisfacción la idea de no ver en algún tiempo á aquella señora. Siempre la había tratado con la mayor amabilidad posible, pero el modo de ser frío de la futura suegra de Aurette le había en más de una ocasión impacientado, y á no haber sido el interés verdadero que le inspiraba Raúl, habría costado gran trabajo conservar su cordialidad con una persona que tan poco se avenía con su carácter.

—Al fin y al cabo no se casa uno con su suegra, habíase dicho más de una vez para consolarse, y mucho menos con la suegra de su hija. Después de la boda, no nos veremos sino en las fiestas solemnes.

Julia, resuelta á mostrarse satisfecha del casamiento de su hermano, había vuelto al convento para terminar sus últimas semanas de clases. Entre ella y su hermana habíase discutido detenidamente una cuestión importante: quedarse desde luego definitivamente en la casa paterna ó afrontar las preguntas indiscretas y crueles y arrostrar el riesgo de oír cosas desagradables. Y de común acuerdo habían resuelto las dos jóvenes presentar la cara á la sociedad; retirarse habría sido dar pretexto á los más penosos comentarios.

—Creerían que tenemos miedo, dijo Julia, cuyo carácter recto y algo rudo no retrocedía ante la lucha.

De modo que Aurette se halló sola con su padre, quien, por una tendencia involuntaria y perfectamente natural, parecía refugiarse en ella como en un asilo de cariño y de paz. Aquella vasta mansión parecía ahora deshabitada, y la escalera, por la que nadie subía, resonaba al menor ruido. En vano Aurette se imponía la obligación de dedicar dos veces al día una hora al piano; cuando callaba el instrumento, el silencio resultaba aún más profundo en la desierta vivienda.

El Sr. Leniel no se lamentaba de esa quietud; convaliente después de la sacudida que por poco le ocasionara la muerte, disfrutaba de cada hora presente sin pedir nada más, evitando cuidadosamente toda alusión al reciente disgusto, no pronunciando casi nunca el nombre de su hijo y nunca el de Sidonia, y no deseando, al parecer, entre sus largos sueños más que una cosa: encontrar la sonrisa de su hija y contemplar el paisaje, ora velado, ora bañado de luz, pero delicioso en todos los instantes del día.

Consagrada por entero a su padre, Aurette no tenía tiempo para pensar, y durante las horas que pasaba a su lado, lo mismo cuando estaba adormecido que cuando permanecía despierto, habíase prohibido a sí misma toda meditación dolorosa, porque ¿qué habría hecho si el Sr. Leniel, despertándose de pronto, la hubiese visto con los ojos enrojecidos ó simplemente con el semblante triste? Demasiado honrada para saber disimular en las cotidianas minucias, no podía soportar el peso de su secreto sino á condición de alejarse de él, por decirlo así, lo más posible, de separarlo de su vida, como si no existiera. Más adelante saborearía toda la amargura de aquella pena que sobre ella había caído tan repentinamente.

Habían transcurrido en esta situación muchos días, cuando una noche sintió de pronto que aquella violencia se le hacía intolerable; todos los pensamientos desde hacía tiempo rechazados agolpábanse en su cerebro y parecían querer hacerlo estallar.

El Sr. Leniel acababa de dormirse; eran apenas las nueve y media, y Aurette, después de haber llamado á su camarera para que estuviese al cuidado de su padre, tomó un chal de encaje, se lo echó á la cabeza y bajó al parque.

La noche era tibia, el cielo parecía más cerca de la tierra y reinaba una oscuridad profunda; sin embargo, pasado el primer momento, se veía lo bastante para caminar por las avenidas no cubiertas por los árboles. La joven dirigióse con paso rápido á una terraza algo distante de la casa y desde la cual la vista extendíase sin obstáculo hasta los confines del horizonte, y dejando vagar los ojos por el espacio, miró hacia poniente, en donde todavía el cielo aparecía teñido de un resto de claridad. Traspuso con su imaginación las colinas y pensó en el mar, en el mar lejano cuyos olores de rocas y de fucos le traía atenuados el viento. Hacia allá, por la parte de Occidente, hallábase él, el hombre que, después de haberle dicho que la amaba, la había abandonado.

¡Abandonado, sí! La rica señorita Leniel, en todo el esplendor de su pureza, en toda su adorable virginidad, se veía abandonada como una joven engañada, como una aldeana seducida.

Esa palabra abandonada sonaba en sus oídos como un lamento, como un campaneó lúgubre. En los días había leído historias de jóvenes abandonadas y su corazón había compartido el dolor de aquellas infelices; pero éstas, ¿no habían cometido la única, la irremediable falta que el hombre no perdona? ¿No habían amado hasta olvidar su pudor? Por injusto que pudiera ser el fallo que las condenaba, lo habían merecido, desde el momento en que sabían que la sociedad no tiene misericordia y que el amante desprecia á la que da crédito á sus palabras cuando le jura amarla siempre.

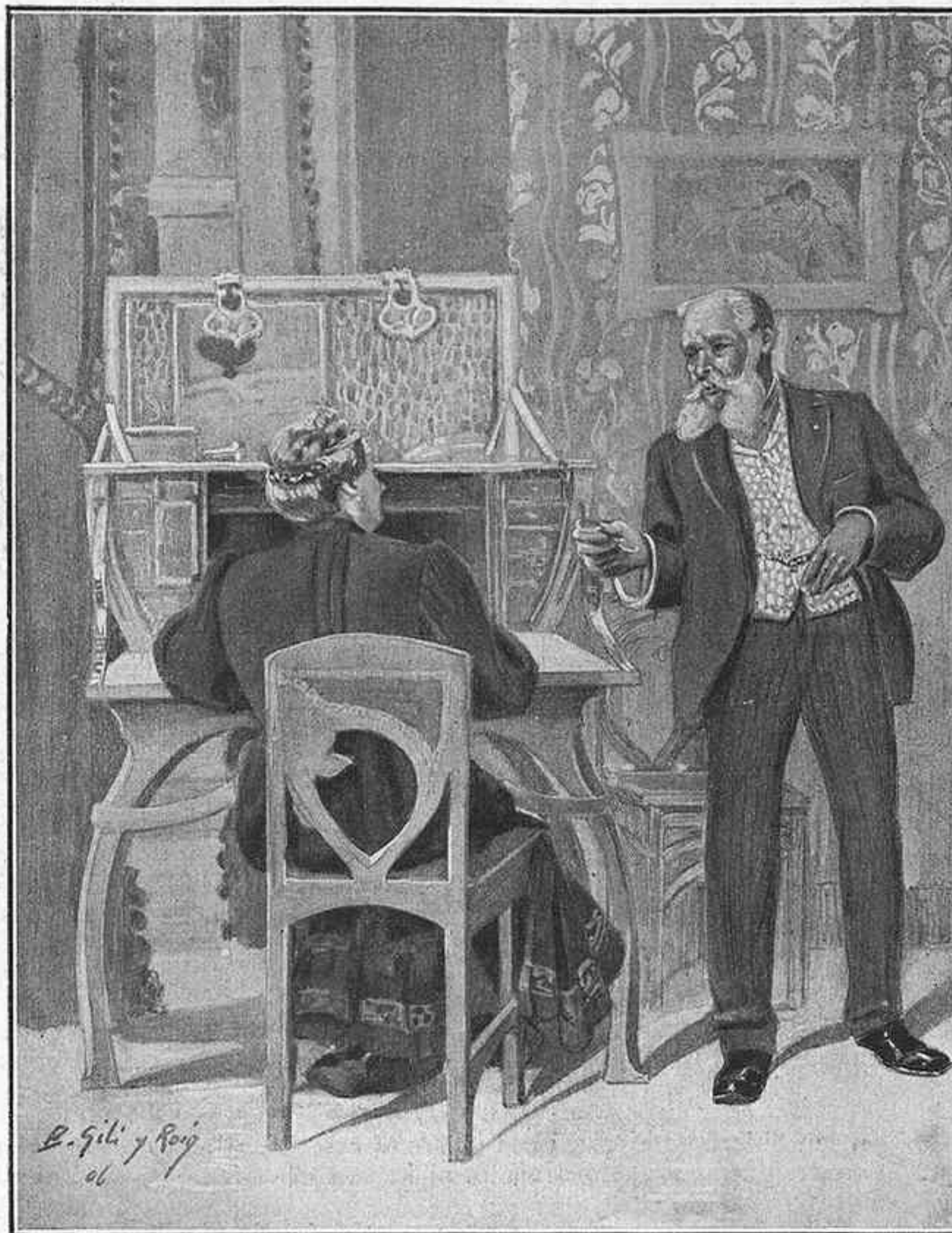
¡Pero ella! ¿Qué había hecho para que su amor fuera desdeñado, para que renegara de ella su prometido, para sufrir ese espantoso derrumbamiento de su existencia de mujer?

Hundió más su mirada en la insondable profundidad del cielo mudo, y su alma voló hacia las playas en donde podemos tendernos sobre la arena y esperar la muerte.

¡Morir! ¡Oh, sí! Morir para huir del tormento intolerable en el cual la vergüenza se mezclaba con el dolor; morir para olvidar, para no sufrir más, para no

ser ya nada. Si la muerte no es el olvido de las penas, la promesa del Paraíso sería tan sólo una mentira cruel. Dios se apiadaría de ella; una vez muerta, olvidaría...

Pero Aurette no podía morir; había de vivir mientras su padre viviera. Entonces volvió á su pobre y presente, tan cruelmente herido y martirizado, y miró cara á cara su dolor.



Díctele usted

¡Cómo le había amado! ¡Cómo había creído en él! ¿Quién hubiera osado decir que en él no se juntaban todos los dones, todos los méritos con que ella le había tan pródigamente ataviado? ¿Quién hubiera podido aventurarse á murmurar en sus oídos que Raúl era un débil egoísta, viciado por la sociedad y debilitado por el despotismo de su madre hasta el punto de desconocer sus deberes de hombre y de prometido?

En aquella hora dolorosa, todavía no quería hacerse responsable, tanto le había amado, y echaba toda la culpa sobre la señora de Bertholón, cerrando los ojos á la evidencia á fin de poder disculparle y compadecerle.

¿Compadecerle? Bien estaba. Pero ella..., ¿qué haría de su vida, cortada en flor como un árbol demasiado joven derribado por equivocación por el hacha del leñador? Todo aquel raudal de cariño, de confianza, de esperanza, que se escapaba de ella en grandes oleadas como se escapa el agua de la rota taza de una fuente, iría, inútil y estéril, á perderse en la arena...

—¡Cómo le amaba!, decía de cuando en cuando sin darse cuenta de que repetía las mismas palabras: de tal modo su dolor múltiple apuñalaba los diferentes sitios de su alma.

Recordaba, con una especie de glotonería, los días felices de aquel amor perdido. El invierno anterior al que acababa de pasar, habían bailado juntos; él la buscaba de una manera visible y permanecía á su lado durante los rigodones, silencioso, pero con aire de satisfacción y de orgullo. En aquel tiempo, pensaba ella que él tal vez la amaría..., y se decía que si solicitaba su mano no le rechazaría, con tal que en ello consintiera su padre.

A partir de aquel momento, se había complacido en hablar de él á su padre, cuando departían juntos, á fin de que se acostumbrara á su nombre y á todo lo que con él se relacionaba. Ella no le amaba todavía, pero le miraba con agrado y hasta encontraba cierta majestuosidad en la señora de Bertholón, cuya rigidez glacial le parecía dignidad acompañada de experiencia.

Después, un día su padre había ido á buscarla al invernadero, en donde estaba ocupada cuidando sus flores, y la había besado cariñosamente, tan cariñosamente...

Aún sentía en su frente aquel beso paternal, tanto la había conmovido. Entonces había comprendido que su padre acababa de considerar de un modo se-

rio y real la posibilidad de no tenerla más á su lado. Alguien había pedido su mano..., ¡con tal que fuese él!

¡Y él era! Con la cabeza inclinada y las mejillas enrojecidas por una sangre generosa que le parecía circular por vez primera en sus venas, había escuchado todos los argumentos que el Sr. Leniel le exponía en favor de aquel pretendiente. ¡Pobre padre querido! ¡Cuánto trabajo se tomaba en pro de una causa ganada de antemano! Ella, sin embargo, escuchaba con placer divino cómo aquella boca respetada decía todo lo que ella pensaba desde hacía tanto tiempo; y cuando su padre, algo turbado por aquel prolongado silencio, le había preguntado no sin cierta inquietud: «¿Qué te parece?», ella había contestado tranquilamente: «Si es de su agrado, lo es del mío.» Y desde aquel instante, ¡cuánto había amado el invernadero!

Entonces, él se había presentado con la glacial señora de Bertholón, que aquel día estuvo en extremo amable y sonriente. Recordaba los más pequeños pormenores de aquella visita: el color de sus guantes, el nudo de su corbata, el medallón de oro que colgaba de la cadena de su reloj y en el cual había pensado ella colocar un retrato suyo. Se acordaba de la turbación del joven, turbación que la había satisfecho mucho, y del beso de desposorios estampado en su mano, el primer beso que Aurette había recibido en esta forma y que le había producido una impresión tan singular que, sin ningún mal pensamiento, había estado á punto de retirar la mano para presentar la mejilla.

Y después, ¡qué deliciosa existencia! Ella había sido la que había solicitado que se retrasase la boda hasta que Julia saliese del convento á fin de que su padre no quedara solo. ¡Cuán cariñosamente se lo había agradecido su padre muy amado! Al recordar las tiernas palabras que éste le había dicho, Aurette sintió que su corazón se enternecía, y sus ojos, secos y ardientes hasta entonces, se llenaron de lágrimas. Jamás olvidaría lo que le dijera

aquel padre generoso y desinteresado; habíala llamado su tesoro, su perla, y ella había comprendido que aquella ternura estaba por encima de todos los azares de la vida. Entonces no creía que algún día hubiera de refugiarse en ella como en el único asilo que le quedaba en el mundo.

—¡Pobre padre mío!, murmuraba apoyando su frente en la balaustrada de piedra, mientras su corazón latía con violencia y todo su ser se agitaba sacudido por un torrente de lágrimas tan copioso que nunca se hubiera creído ella con fuerzas para soportarlo. ¡Bendito seas por lo mucho que me has amado! ¡No te abandonaré hasta la tumba, cuando habré cerrado tus ojos y juntado tus manos para la eternidad!

Esa idea de una última separación, tan cruel y acaso tan próxima, lejos de debilitar á Aurette le infundió valor, y recobrando su energía volvió á sus recuerdos, decidida á revivir de una vez aquel pasado que había sido tan delicioso y cuya memoria le sería siempre querida, y á cerrar después el libro para no pensar ya en él más que como se piensa en los muertos.

Sí, aquel tiempo había sido delicioso. Todos los domingos venía Raúl con su madre y se llevaba el ramo que para él había hecho su prometida; creía ésta, en su inocencia, que en el ramo encontraría él todo lo que ella había puesto, pero él no veía allí sino flores. Se hablaban poco, nunca á solas, nunca á media voz; pero durante la comida Raúl estaba á su lado y Aurette sentía á veces el roce de su servilleta y le servía escogiendo lo que más le gustaba, satisfecha de ver que era algo glotón, anotando en su memoria los platos que más le agradaban y desterrando de sus futuros *menús* aquellos que no merecían su aprobación.

Entonces comprendió que había vivido mucho en el porvenir, mucho más que en el presente, gozando triplemente de las alegrías actuales por la idea de que más adelante las poseería para siempre y sin contrariedades. ¡Pobre Aurette! ¡Ilusa Aurette! Había levantado sus castillos en las nubes y la tempestad se los había llevado.

Muy poco antes, Raúl le había dicho: «¡Te amo!» ¡Irrisón del destino! Precisamente se lo había dicho en el momento en que ella iba á perderle... ¡Cómo se había él engañado y cómo la había engañado á ella! Si la hubiese amado de verdad, como ella le amaba á él, jamás habría podido abandonarla...

(Se continuará.)

UNA PRISIÓN QUE PUEDE SERVIR DE MODELO AL MUNDO ENTERO

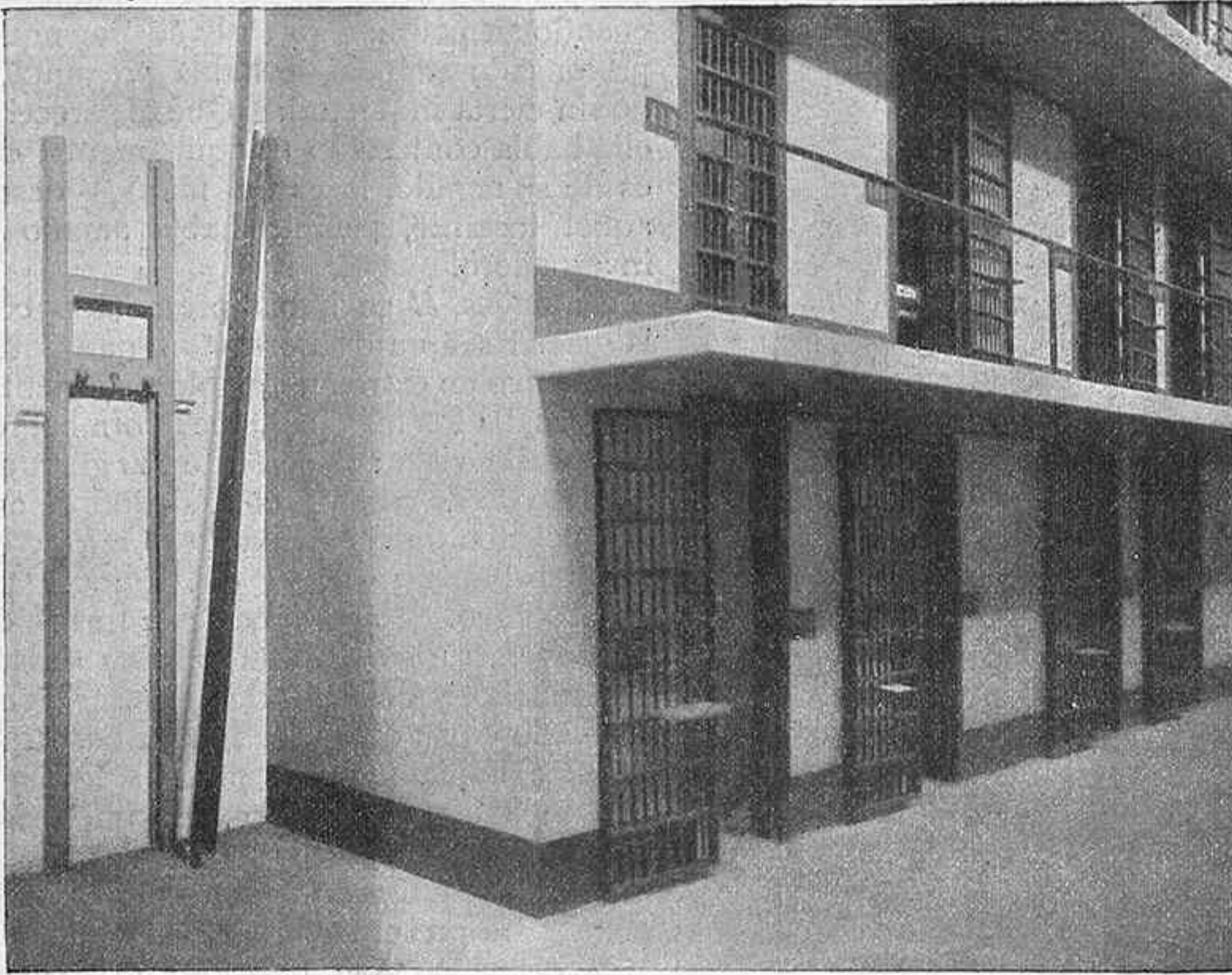
Cuando, hace algunos años, varios eminentes criminólogos propusieron un cambio radical en el régimen de las prisiones de los Estados Unidos, los entendidos en tales materias, secundados por el público en general, alzaron gran polvareda contra las innovaciones que se recomendaban.

celas y en ellas quedan encerrados hasta el día siguiente. Son los que están castigados por diversas faltas.

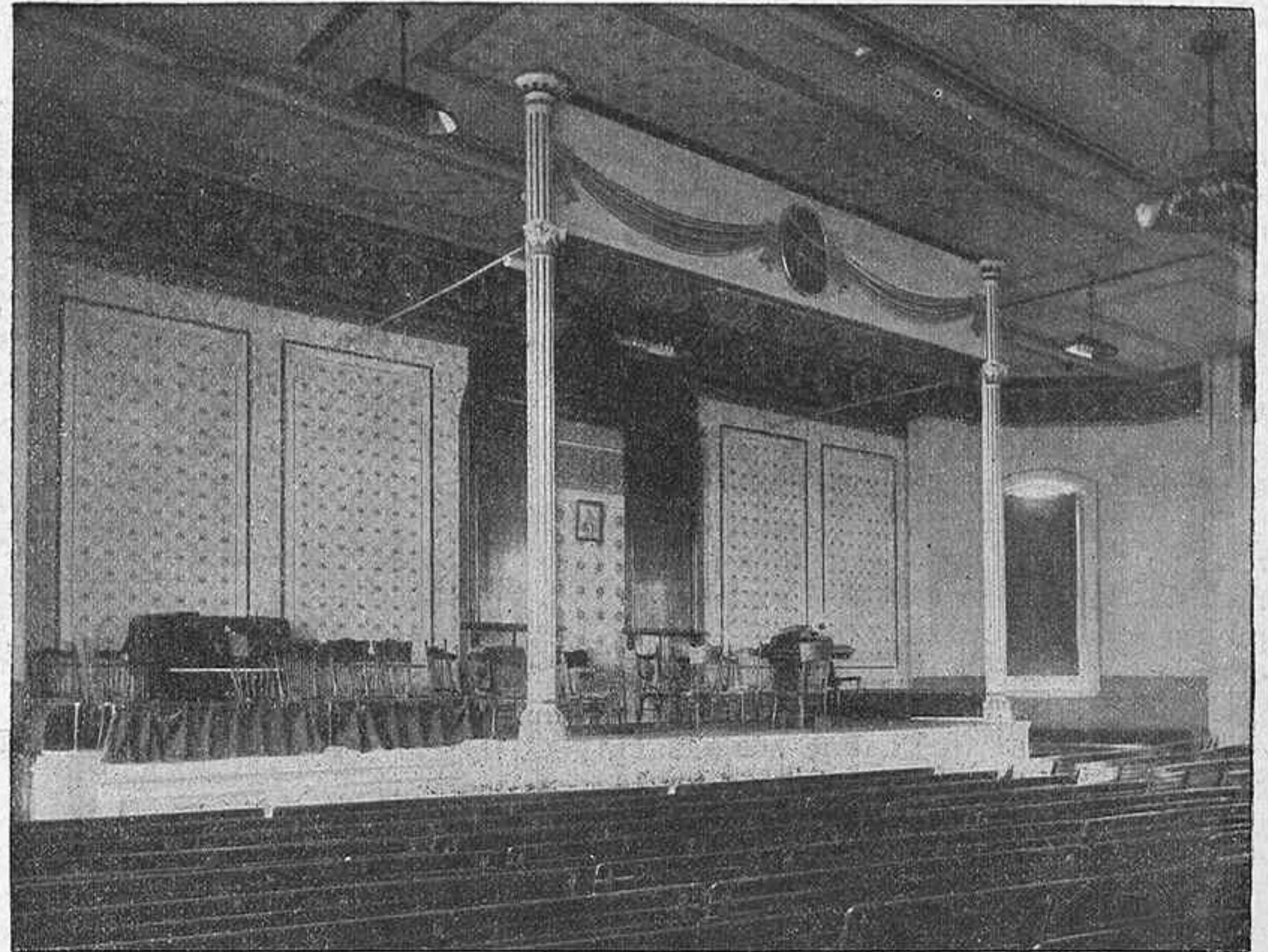
Entre toda aquella muchedumbre con dificultad se ve la media docena de guardas que la vigila. No se distingue ningún arma de fuego; los treinta vigilantes que tiene á su servicio la

no el crimen cometido; qué sobre las puertas de la misma no se lee el *Lasciate ogni speranza...*

Durante los 45 minutos de completa libertad de que disfrutan en el patio, no ha ocurrido nunca que un penado haya intentado escalar las murallas y escaparse. Todos consideran



Celdas antiguas. Los postes que se ven á la izquierda servían para amarrar á ellos á los penados que habían de ser azotados



El teatro de la prisión, construido por los presos, donde suelen dar funciones las compañías dramáticas que vienen á la ciudad de Jackson

Mr. Alonso Vincent, director de la prisión del Estado de Michigan, situada en Jackson, fué uno de los primeros que pusieron en práctica el nuevo sistema.

Al quedar abolidos los castigos corporales en dicha prisión, se adoptó un procedimiento que, en opinión de la mayoría de los empleados en ella, debía de llevar indefectiblemente á la pérdida completa de toda disciplina. Desde que se fundó aquel establecimiento penal, en 1835, los azotes eran el castigo impuesto á los que infringían las severas reglas á que estaban sometidos.

Hubo un tiempo en que los gritos de los azotados se oían casi diariamente; pero fué haciéndose menos frecuente su empleo á medida que iba prevaleciendo la idea de que los presos, á pesar de sus delitos, eran hombres como los demás, susceptibles de ablandarse por la bondad y de convertirse en fieras si se les sometía á un trato inhumano. Cuando Mr. Vincent dejó de recurrir á los azotes, convencido de que sin ellos obtendría mejores resultados, así por lo que respecta á la disciplina, como al mejoramiento de los individuos, una prensa hostil le llamó visionario inepto, que introduciría la anarquía en el establecimiento donde, por sus crímenes, estaban encerrados los setecientos individuos peores de todo el Estado. Él, sin embargo, continuó impertérrito el camino emprendido, y los hechos han venido á darle la razón.

Rodeado de muros de piedra de treinta pies de altura, existe un patio de grandes dimensiones cubierto de verde césped. El que quiera puede contemplar allí un espectáculo admirable los sábados por la tarde, si el tiempo lo permite, cuando los penados salen de los talleres militarmente formados y luego rompen filas.

Durante tres cuartos de hora el patio es suyo, la disciplina se deja á un lado. La mayor parte de ellos forman animados coros; unos juegan al *base ball*, otros se tienden á la bartola sobre el verde césped, escuchando los acordes de la excelente banda de música que han formado los mismos penados.

Casi todos usan un traje azul de corte semimilitar; ninguno lleva el pelo cortado al rape, ni se ve en sus rostros la palidez propia de los penados. Los menos llevan un uniforme pardo, lo que indica que aún se halla sometida á prueba su conducta. Hay otros vestidos con el traje de rayas blancas y negras que distingue á los presidiarios en los Estados Unidos. Estos son pocos; el día que visitamos la prisión sólo vimos seis. Salen de los talleres antes que los demás, cruzan el patio y se dirigen á sus respectivas

prisión únicamente usan unos bastones cortos. En ella no se permite entrar á nadie armado, ni se ven centinelas en sus muros y puertas.

El régimen que se observa en la prisión del Estado de Michigan es igual para los sentenciados por toda clase de delitos.

como un deber ineludible, aunque no escrito, el conservar el privilegio de reunirse en el patio. Cuando comenzó á ponerse en práctica el nuevo sistema, se advirtió á los presos que iba á hacerse una prueba, y que si abusaban del privilegio de reunirse se suprimiría. A pesar de que entre ellos hay quien con

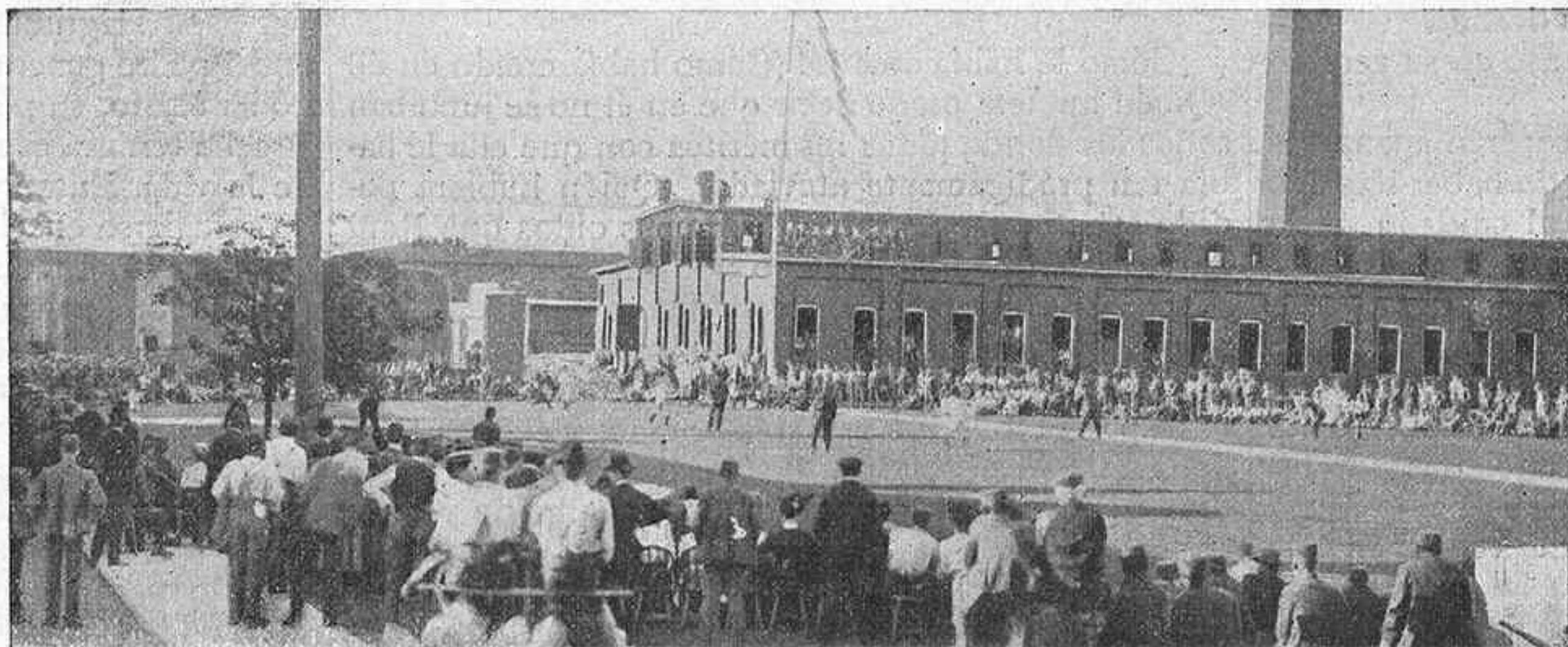
gusto cortaría á otros el cuello, á pesar de haber quien se exponería á la muerte por recuperar la libertad, ni se promueven riñas ni se intentan fugas en la hora de recreo. Alguna vez se suscita un altercado, pero en seguida intervienen los circunstantes, y hasta por la fuerza, si es necesario, le ponen término. Si alguno de los presos puede eludir á otras horas la vigilancia de los empleados de la prisión y huir, santo y bueno, los demás se alegran de ello; pero sería peligroso para cualquiera el intentar hacerlo con perjuicio de los demás.

Los grandes días son aquellos en que se juega alguna partida de *base ball*, diversión nacional de los norteamericanos. Los presos tienen un equipo de nueve, por cierto muy buenos jugadores, y durante la temporada se efectúan algunos desafíos con otros equipos

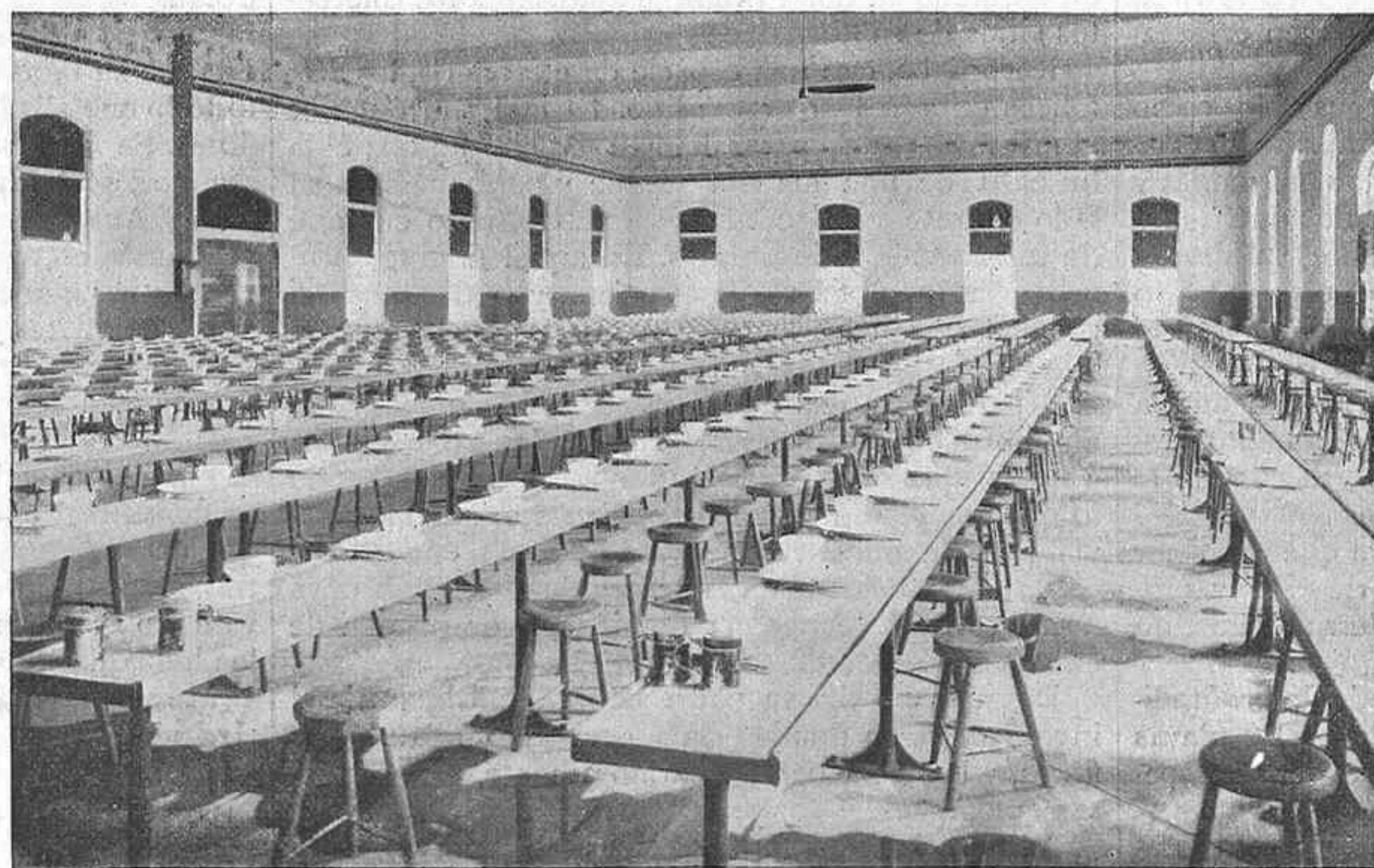
venidos de fuera. Los setecientos reclusos son todos aficionados inteligentes y siguen con gran interés las peripecias del juego; los que en él descuellan se ven rodeados de la misma aureola popular de que disfrutaban en el mundo exterior los jugadores famosos.

Transcurridos los tres cuartos de hora, suena la campana y los presos forman inmediatamente en secciones, mandadas cada una por el guardián que les vigila durante el trabajo del día; una tras otra desfilan y con aire marcial se dirigen á sus respectivos alojamientos. A la sección que durante un mes desfiló mejor se le concede un premio, consistente por lo general en un cajón de cigarrillos.

La mayoría de los penados lo han sido por delitos contra la propiedad; pero hay también bastantes reos de crímenes pasionales y violentos, y no es extraño que al verse uno entre ellos se pregunte si no se encuentra en peor compañía que la que tuvo Daniel cuando le arrojaron á la fosa de los leones. No pude menos de confesarle mis recelos al empleado de la prisión que me acompañaba durante mi visita. Se echó á reír y me dijo: «Padece usted un error muy común; por lo general, los homicidas son los más de fiar, los más honrados é íntegros de cuantos hay aquí encerrados. El hombre mata comúnmente cuando se halla dominado por una excitación irresistible. Pueden haber sufrido grandes provocaciones y creer que obran en defensa de su familia



Una partida de *base ball* en la prisión



El espacioso local donde comen los penados

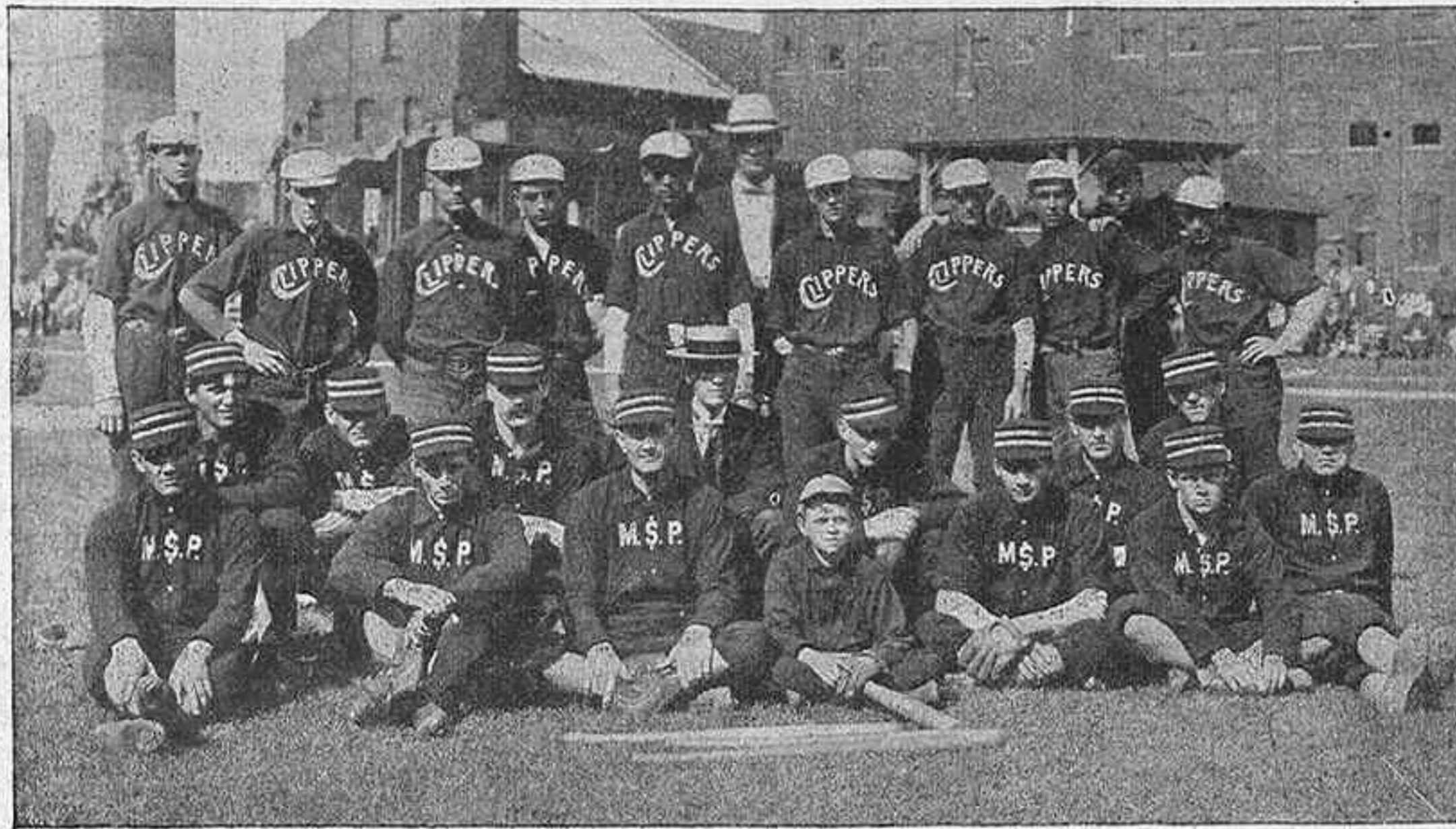
ó de su propiedad, en venganza de alguna ofensa imperdonable; una persona decente puede tener muy mal genio y ser, sin embargo, un hombre honrado. Claro está que no me refiero á los ladrones que matan para asegurar su fuga, ni á los que asesinan con premeditación. En la práctica vemos que son los que mejor se portan los que están aquí encerrados por haber matado á alguien. No trato de explicar el hecho, pero afirmo que así sucede. Los que contratan con el Estado el trabajo de los presos los prefieren á todos los demás. Los rateros y otros condenados á penas leves suelen ser aquellos que más nos dan que hacer.»

Cuando llega á la prisión un nuevo recluso, lo primero que se hace es llevarlo al baño; se le recogen todos los efectos de su propiedad, exceptuando algunas insignificantes fruslerías, y se le da un traje de color pardo. Luego, un empleado de la prisión celebra con él una conferencia; se le lee y explica de una manera clara y sencilla el reglamento de la cárcel; se le advierte que el traje pardo que lleva es el signo exterior de que está en el período de prueba, y que ya haya cometido un crimen horrible, ya otro de poca importancia relativa, quedará sometido exactamente al mismo régimen; y se le explica que por hallarse en el período de prueba tiene derecho á ciertos privilegios, y que cumpliendo pronto y bien con todas sus obligaciones asegurará el disfrute de aquéllos y se hará acreedor á otros más, al paso que la desobediencia ó la falta de amor al trabajo se los hará perder, no pudiendo, una vez perdidos, recobrarlos sino al cabo de meses de una ejemplar conducta. Luego se le asigna una celda y se le dice que puede fumar. El recién llegado tiene realmente ante sí dos caminos distintos entre que elegir. Se le deja cierto tiempo para que fumando medite. Como se le ha inculcado la idea de que los empleados de la prisión no son ni amigos ni enemigos suyos, sino simplemente los encargados de hacer cumplir la sentencia que el tribunal les ha impuesto, esa idea produce sus frutos naturales.

En Michigan, todas las condenas, exceptuando las impuestas por asesinatos, son por tiempo indeterminado. Es decir, el tribunal sentenciador señala el mínimo; la ley marca el máximo y la Junta de Perdonos es la que determina su duración efectiva. Si dicha junta cree, por el expediente personal de un individuo y por los informes de los jefes de la prisión, que se portará en lo sucesivo honradamente, se le pone en libertad provisional en cualquier tiempo después de haber cumplido el mínimo á que se le condenó, siempre que tenga una persona de buenos antecedentes que se comprometa á darle ó buscarle trabajo y á vigilarle. El que queda así en libertad tiene la obligación de presentarse personalmente ó de dirigirse por escrito al director de la prisión una vez al mes, manifestándole cuál es su ocupación, lo que gana y el empleo que hace de su dinero. Si no lo hace, se le detiene sin necesidad de nueva orden del juez, se le vuelve á su celda y ya no se le considera en el período de prueba, sino que se le coloca en la categoría de los malos y pierde todos sus privilegios.

Volvamos al recién ingresado. A la mañana siguiente comienza su vida de recluso. A las seis le despierta el toque de

una campana; entonces se levanta, se viste el traje pardo, hace la cama y barre la celda. A las seis y media suena otra vez la campana, le abren la puerta, se coloca en su puesto en filas y marcha al comedor, donde le espera un buen desayuno, compuesto de carne, buen café, pan con manteca y patatas. A las 6'50 forma en su compañía y se encamina al taller á que ha sido destinado. Varios son los que allí existen, unos instalados por casas manufactureras, otros por el Estado. En ellos se hacen herramientas agrícolas y otras clases de maquinaria, muebles, carros, escobas, lápidas y monumentos funerarios en crecido número. En el taller de sastrería se confeccionan todos los uniformes de la prisión; otros presos trabajan en el departamento de lavado y planchado, en la cocina, en la granja y en la capilla. En estas dos últimas ocupaciones sólo se emplean los reclusos que tienen muy probada su buena conducta.



El equipo de base ball formado por los presos
En segundo término se ve otro club que ha ido de visita á la prisión

A los presos se les permite hablar mientras trabajan, pero se les exige silencio en el comedor y cuando van formados. A cada uno se le marca una tarea diaria, que ha de terminar á satisfacción del representante del contratista ó del encargado del taller. Terminada aquélla, puede trabajar por su cuenta con arreglo á una tarifa estipulada. No se les entrega en mano el precio, sino que se les acredita en su libreta y con él pueden comprar algunos objetos ya determinados, como son, por ejemplo, zapatos y ropa blanca de mejor calidad que los que el Estado les da; muchos señalan una pensión ó hacen donativos á su mujer ó á sus padres ancianos. También pueden adquirir más ropa de cama y colchones de los reglamentarios. En muchos de los oficios, cuando han adquirido ya cierta destreza, pueden llegar á ganar ocho, diez y á veces hasta veinte duros al mes. A las 11'40 cesa el trabajo en los talleres y los presos se dirigen formados al comedor, donde se les sirve una comida compuesta de buena carne, legumbres, pan con manteca y café; á las 12'50 vuelven á los talleres en igual forma y el trabajo continúa hasta las 4'15. Los más hábiles, con fre-

cuencia, terminan su tarea antes de las dos; así es que les quedan todavía más de dos horas para trabajar por su cuenta. Después, en el verano, todos los presos marchan al patio de la prisión y durante tres cuartos de hora disfrutan de una libertad completa. Luego pasan á sus respectivas celdas, donde se les sirve una colación de café y pan. Todas las celdas están perfectamente alumbradas y ventiladas. Hasta las 6'15 se les permite distraerse á su manera; muchos se dedican á tocar acordeones, guitarras, etc. Cuando suena la campana, tocando á silencio, el ruido cesa inmediatamente, y antes de que se haya desvanecido la última vibración se podría oír caer al suelo un alfiler, como suele decirse. Pero aún les quedan cerca de otras dos horas, que pueden aprovecharse ventajosamente leyendo en las clases nocturnas, en conferencias religiosas, escribiendo cartas á su familia y haciendo juguetes y fruslerías, que luego venden á los que visitan la prisión. Esta tiene una excelente biblioteca, á la que envían sus números casi todas las revistas principales. A las nueve las luces eléctricas se apagan y todo el mundo se mete en cama.

Los que no se portan bien se ven privados de los siguientes privilegios: de escribir cartas, de pasear en el patio, de leer, de pertenecer á alguno de los coros que existen entre ellos, de recibir provisiones de su casa y de participar de los platos extraordinarios que se sirvan en la mesa.

Si continúa observando buena conducta el que se halla en el período de prueba pasa á otra categoría más elevada, y si sigue portándose bien llega á la de «Perfectos», que es la superior. Entonces es elegible para destinos de confianza y puede aspirar á la más deseada de todas las recompensas: á que se le ponga en libertad provisional después de haber demostrado ante la Junta de Perdonos que se ha hecho digno de volver á ocupar su puesto entre los hombres libres.

Con mucha frecuencia las compañías dramáticas que visitan á Jackson dan funciones en el lindo teatro que los mismos presos han construido. Algunas veces también bandas de música van á tocar allí alternando con la del establecimiento. En semejantes ocasiones muchas señoras visitan la prisión, donde están tan libres de oír ninguna grosería como en la mejor sociedad.

Con el nuevo sistema el reglamento de la prisión se cumple mejor y con más gusto que antes; los presos trabajan más y con mayor perfección; los atentados contra los empleados no ocurren, siendo así que anteriormente eran frecuentes. Más del 80 por 100 de los presos han de recobrar un día su libertad; así, pues, el principal objetivo del nuevo sistema es conseguir que la mayoría de ellos abandonen su vida criminal y se conviertan en miembros útiles de la sociedad. El mantener la disciplina por la fuerza y el temor es la cosa más sencilla, pero la que más destruye el respeto de sí mismo y la dignidad de los que así se gobiernan. Si el preso sale de la prisión con la convicción impresa firmemente en su ánimo de que él solo es quien ha de labrar su porvenir y de que, en lo sucesivo, se le premiará ó castigará según lo merezca, como le aconteció mientras estuvo encerrado, se habrá logrado mucho para que su reforma sea permanente. — V. M. HAMILTON.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD



AVISO Á LAS SENORAS
EL APOL DE LOS JORET HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{ia} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

HISTORIA GENERAL de FRANCIA
ESCRITA PARCIALMENTE
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES
Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsímiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerías.

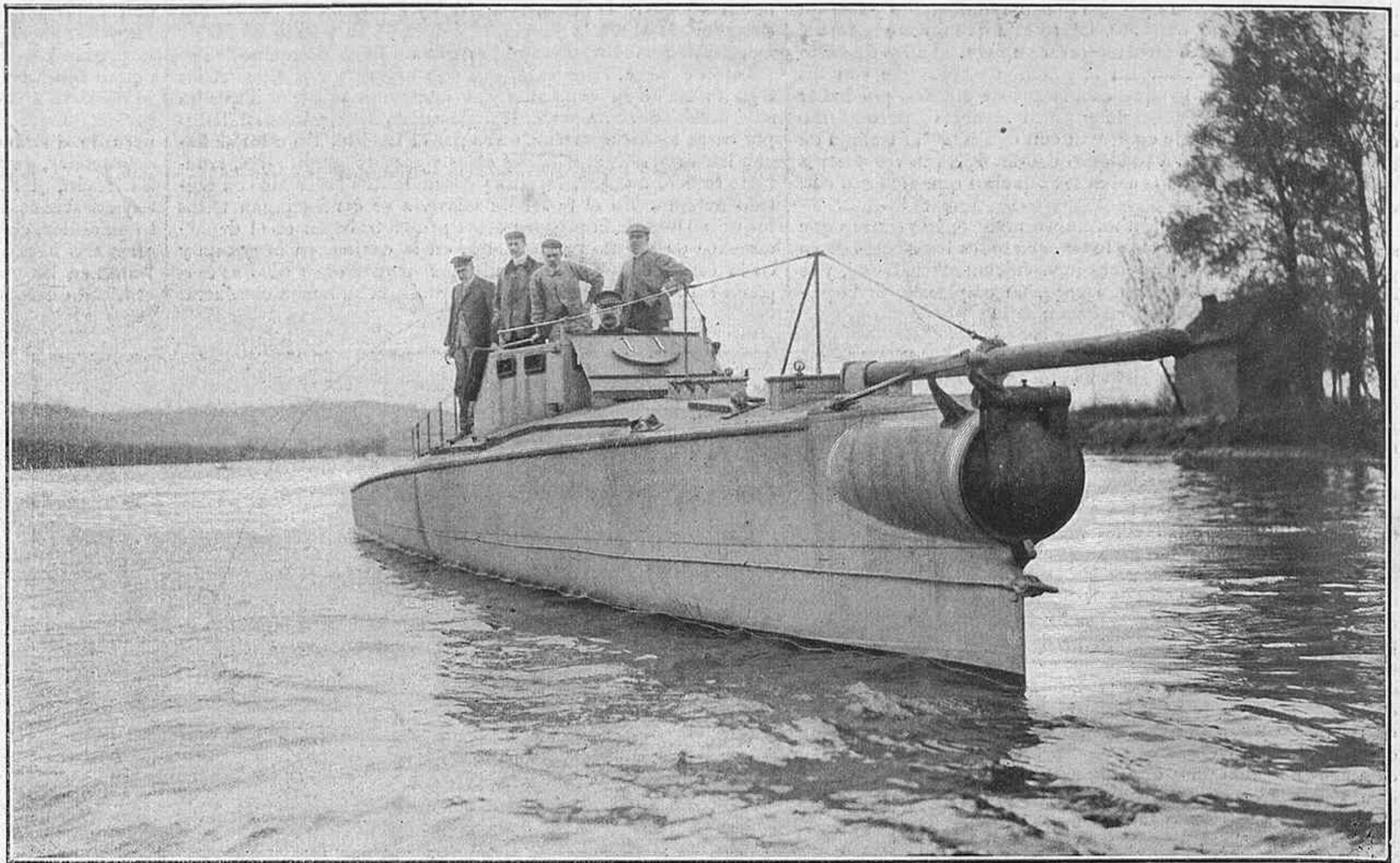
NUEVO AVISO LANZA-TORPEDOS

Mientras se preparan las sesiones del próximo Congreso de la Paz, que ha de celebrarse en La Haya, y en el cual se ha de discutir la cuestión de la reducción de los armamentos, las naciones más fuertes de Europa aumentan sus medios de ataque y de defensa, ya sea, como Inglaterra, para conservar la hegemonía que de tiempo antiguo ejerce en los mares, ya sea, como el Imperio alemán, para mantener su superioridad como potencia militar terrestre.

Francia no es de las naciones que más se descuidan en este punto. Ahora mismo el gobierno francés ha adoptado un nuevo modelo de torpedero automóvil que ha producido gran sensación en los centros marítimos. Esa máquina de guerra, construida según los planos de M. de Recopé, ingeniero de la armada y vicepresidente de la Comisión del Yachting del Automóvil-Club de Francia, es un aviso de 17 metros de largo, con dos motores de explosión, de una fuerza total de 150 caballos, de petróleo sistema Caze; cada motor tiene cuatro cilindros y da 900 revoluciones por minuto. Su casco es de planchas de acero de 2 milímetros de grueso. Una hélice reversible, sistema Krebs, permite simplificar los órganos de transmisión y cambio de velocidad. En la proa hay el tubo lanza-torpedos. El torpedo, de 450 kilogramos de peso, contiene una carga de 100 kilogramos de explosivo y sale del tubo con una velocidad de 30 nudos.

Esa embarcación tiene un andar de 16 nudos y su radio de acción excede de 100 millas; con sus capotas cerradas resulta casi invisible.

Su transporte en los grandes acorazados es relativamente fácil. — S.



UNA REVOLUCIÓN EN LA MARINA DE GUERRA. — AVISO LANZA-TORPEDOS, RECIENTEMENTE ADOPTADO POR EL GOBIERNO FRANCÉS (De fotografía de M. Branger.)

HIGIENE de las SEÑORAS

DILUIDO EN AGUA EL

CRYSTOL

Es el remedio soberano de las afecciones uterinas de todo género. Cura en breve las *flores blancas*, las *metritis* y en general todas las *dolencias de las vías uterinas*. Su uso diario no ofrece peligro para los tejidos á los que asegura frescura, tonicidad y firmeza incomparables. Su delicado perfume lo hace agradable para el tocador íntimo de las damas.

PARIS, 8, Rue Vivienne, y en todas las Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN

y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.



MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

Dentición

JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, París, y en todas las FARMACIAS DEL GLOBO.



PECHO IDEAL

Desarrollo — Belleza — Dureza de los PECHOS en dos meses con las **Píldoras Orientales**, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Pama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.

EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO

H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, París.

Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

HARINA
LACTEADA

NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.



PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN